



UNIVERSIDADE FEDERAL DO RIO DE JANEIRO
CENTRO DE FILOSOFIA E CIENCIAS HUMANAS

Dissertação de Mestrado

Narada Miguel Lopez Vidaurre

EL CUERPO COMO UNA LIBRA DE CARNE ATRAPADA EN LA MÁQUINA
FORMAL DEL LENGUAJE

2017

UFRJ
INSTITUTO DE PSICOLOGIA
PROGRAMA DE PÓS-GRADUAÇÃO EM TEORIA PSICANALÍTICA

EL CUERPO COMO UNA LIBRA DE CARNE ATRAPADA EM LA MÁQUINA
FORMAL DEL LENGUAJE

Narada Miguel Lopez Vidaurre

Dissertação de Mestrado apresentada ao Programa de Pós-graduação em Teoria Psicanalítica, Instituto de Psicologia, da Universidade Federal do Rio de Janeiro, como parte dos requisitos à obtenção do título de Mestre em Teoria Psicanalítica.

Orientadora: Anna Carolina Lo Bianco

Rio de Janeiro

Fevereiro / 2017

EL CUERPO COMO UNA LIBRA DE CARNE ATRAPADA EM LA MÁQUINA
FORMAL DEL LENGUAJE

Narada Miguel Lopez Vidaurre

Orientadora: Anna Carolina Lo Bianco

Dissertação de Mestrado submetida ao Programa de Pós-graduação em Teoria Psicanalítica, Instituto de Psicologia, da Universidade Federal do Rio de Janeiro – UFRJ, como parte dos requisitos necessários à obtenção do título de Mestre em Teoria Psicanalítica

Aprovada por:

Presidente, Prof.^a Dr.^a Anna Carolina Lo Bianco.

Prof.^a Dr.^a Tania Coelho dos Santos.

Prof. Dr. Vinicius Darriba.

Rio de Janeiro

2017

Vidaurre, Lopez Narada Miguel

El cuerpo como una libra de carne atrapada en la máquina formal del lenguaje /
Narada Miguel Lopez Vidaurre. Rio de Janeiro: IP/ UFRJ 2017.

87 f.

Dissertação (mestrado) – Universidade Federal do Rio de Janeiro, Instituto de
Psicologia, Programa de Pós-graduação em Teoria Psicanalítica, BR-RJ, 2017.

Referências Bibliográficas: 86 – 87 f

1.Psicanalise. 2. Corpo 3. Libra de Carne 4. Objeto a 5.Linguagem

II. Lo Bianco, Anna Carolina. II. Universidade Federal do Rio de Janeiro /
Instituto de Psicologia / Programa de Pós-graduação em Teoria Psicanalítica,

RESUMEN

La presente investigación es una aproximación teórica al estatuto y funcionamiento del cuerpo para el psicoanálisis. Esto fue realizado a partir de la metáfora de Lacan en el seminario 10, sobre la libra de carne atrapada en la máquina formal del lenguaje. La metáfora de la libra de carne fue extraída de la obra teatral de Shakespeare *El mercader de Venecia*, cuya historia gira en torno de la ley de la deuda y el don. Todo el relato construido en este trabajo a partir de dicha metáfora, nos permite aproximarnos a un real del cuerpo que se produce por el encuentro con el Otro del lenguaje. Debido a este acontecimiento el lenguaje pasará a habitar el cuerpo, pero esto no es sin un precio y no podría ser pagado de otro modo, más que la libra de carne. En este punto vemos como se abre la dimensión del pago y la deuda, que de por sí esta metáfora trae, en la relación del cuerpo y el lenguaje. Hay que resaltar que particularmente la libra de carne tiene que ser próxima del corazón y este detalle marca la diferencia, pues sin lugar a duda representa algo de vital importancia para el sujeto. Este acontecimiento provoca la separación del objeto *a* y lo que fue denominado por Lacan como las cinco formas del objeto *a*. Este hecho constituirá el cuerpo en torno a las zonas erógenas, como elementos que posibilitan la intervención del Otro. Lo importante de esto es que se produce una regulación del cuerpo, el cual pasa a ser comandado bajo la égida del significante. Constituyendo de este modo un funcionamiento particular instituyendo el inconsciente y marcando el funcionamiento pulsional. Todos estos elementos constituirán el cuerpo como una libra de carne atrapada en la máquina formal del lenguaje.

Palabras Clave: Cuerpo, libra de carne, objeto *a*, lenguaje, deuda, pulsión.

RESUMO

A presente pesquisa é uma aproximação teórica ao estatuto e funcionamento do corpo para a psicanálise. Isto foi realizado a partir da metáfora de Lacan no seminário 10, sobre a libra de carne presa na máquina formal da linguagem. A metáfora da libra de carne foi extraída da obra teatral de Shakespeare *O Mercador de Veneza*, cuja história gira em volta da lei da dívida e do dom. Todo o relato construído neste trabalho a partir da metáfora antes dita, permite uma aproximação a um real do corpo que se produz pelo encontro com o Outro da linguagem. Devido a este acontecimento a linguagem passará a habitar o corpo, mas isto não é sem um preço e não poderia ser pago de outro jeito, mais que com a libra de carne. Neste ponto vemos como se abre a dimensão do pagamento e da dívida, que em si mesmo traz a nossa metáfora, em relação ao corpo e a linguagem. Cabe ressaltar que a libra de carne tem que ser extraída de próximo do coração e este detalhe marca a diferença, pois sem lugar a dívida representa algo de vital importância. Este acontecimento provoca a separação do objeto *a* e o que foi denominado por Lacan como as cinco formas do objeto *a*. Este fato constituirá o corpo em volta das zonas erógenas, como elementos que possibilitam a intervenção do Outro. O importante de isto é que se produz uma regulação do corpo, o qual passa a ser comandado sob a égide do significante. Constituindo deste modo um funcionamento particular, instituindo o inconsciente e marcando o funcionamento pulsional. Todos estes elementos constituíram o corpo como uma libra de carne presa na máquina formal da linguagem.

Palavras – Chave: Corpo, libra de carne, objeto *a*, linguagem, dívida, pulsão.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	8
1. EL LENGUAJE QUE HABITO.....	12
1.1. La estructura del lenguaje.....	12
1.2. El significante.....	16
1.3. La cadena significativa.....	19
1.4. Caracterizando el objeto <i>a</i>	21
1.5. El esquema de la división.....	23
2. ES TU CORAZÓN LO QUE QUIERO Y NADA MAS.....	27
2.1. La libra de carne.....	27
2.2. La elección subjetiva.....	33
2.3. Lógica del encuentro del cuerpo y el lenguaje.....	34
2.4. El órgano de la falta.....	38
3. LA IMPERMANENCIA DEL INCONSCIENTE Y EL CIRCUITO.....	41
PULSIONAL	
3.1. Surgir para desaparecer.....	41
3.2. La pulsión y su circuito.....	45
4. LAS CINCO FORMAS DEL OBJETO <i>a</i>.....	51
4.1. Objeto oral.....	54
4.2. Objeto anal.....	57
4.3. Objeto voz.....	60
4.4. Objeto mirada.....	63
4.5. Objeto fálico.....	65
5. LAS INCIDENCIAS DE LA LIBRA DE CARNE.....	69
5.1. La angustia como señal de lo real.....	70
5.2. Pasaje al acto y <i>acting out</i>	73
5.3. Hacerse.....	77
CONCLUSIONES.....	81
REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS.....	86

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene por objetivo abordar la constitución y estatuto del cuerpo para el psicoanálisis. Esto será realizado a partir del seminario 10 de Lacan (1962), mediante el cual podemos pensar el cuerpo como “parte de nuestra carne atrapada en la máquina formal del lenguaje” (p. 237). Más particularmente como una libra de carne de cerca del corazón como reclamo al pago de la deuda, esta elaboración forma parte de la famosa obra de teatro de Shakespeare, *El mercader de Venecia*. Esta idea fue tomada por Lacan para trabajar diversos conceptos a lo largo de sus seminarios. No obstante, nosotros solo la tomaremos a partir de cómo fue desarrollada en el seminario de la angustia. La utilizaremos para abordar la constitución del cuerpo con las diferentes posibilidades que la metáfora nos permite, para así marcar la importancia de este acontecimiento y las diversas consecuencias que en sí mismo acarrea.

En primer lugar, es importante resaltar que esta conceptualización solo es posible si entendemos que el cuerpo no es un hecho primario, es decir nosotros nacemos con un organismo, no con un cuerpo, como indica Lacan (1975) “Uno tiene su cuerpo, pero no lo es en grado alguno”(p.237). Esto quiere decir que el cuerpo en sí mismo no está del lado del ser, sino es algo que se tiene, que se constituye. Es exactamente este punto, al cual nos intentaremos aproximar, pues el cuerpo referido como puro organismo es algo que no existe sin la dimensión del lenguaje.

Toda la dialéctica subjetiva y de la constitución del cuerpo gira en torno de la incidencia del lenguaje. Este no debe ser entendido como una mera función del ser humano, sino como una alteridad, un elemento Otro con el que debemos vérnosla. En este último punto es donde radica todo el quid del asunto, pues como sabemos por la teoría psicoanalítica el lenguaje preexiste al sujeto. Por lo tanto, es algo de lo que no podemos escapar, no hay opción de no respuesta, de no posicionarse frente a esto, porque no posicionarse ya sería en sí mismo una respuesta. Lo fundamental de todo esto, de cómo se responde, de qué se haga frente y con el lenguaje es que tiene consecuencias para el ser hablante y una de ellas es el cuerpo.

Por esto mismo, el primer abordaje que realizaremos en esta investigación es el lenguaje. Esto lo realizaremos desde un punto de vista más general sin entrar en detalle de cada una de sus características, haciendo énfasis en su vertiente más lógica y estructural. Esto nos permitirá dar cuenta del funcionamiento del lenguaje y de la importancia fundante que tiene para el cuerpo. Puesto que el cuerpo con el que trata el

psicoanálisis es el efecto y producto del lenguaje. Justamente por esto mismo este capítulo fue intitulado como, el lenguaje que habito. Este título fue extraído a partir de la película de Almodóvar *La piel que habito*. Este enunciado, un tanto poético, nos sirve para demarcar la dimensión del lenguaje, ya que es exactamente eso, algo que nos habita.

No obstante, para que esto se produzca, para que el lenguaje nos habite y no nos devore, tiene que ocurrir el acontecimiento que venimos mencionando, la constitución del cuerpo por la incidencia del lenguaje en la carne, que representa en sí mismo una baliza, una regulación. Aquí es donde entra nuestra metáfora de la libra de carne, la cual es el corazón de nuestra investigación, y que nos servirá para ilustrar la dimensión constituyente y de vital importancia para nosotros.

Anunciaremos brevemente que esto es resultado del compromiso del cuerpo con el significante, que produce la separación del objeto, que pasará a ser un resto, que finalmente representa algo sacrificado. En este punto podemos entender algo de la metáfora de la carne, pues recordemos que la carne está viva pero si se separa, muere. Este es el sacrificio que hacemos por entrar al lenguaje.

Pero es a partir de este resto que se constituye toda la dialéctica del funcionamiento del cuerpo, paradójicamente de algún modo lo vivifica. Por lo tanto, aunque resto, su separación será de vital importancia para el sujeto. Es importante mencionar que en todo esto hay algo de la elección, no obstante, no se trata de cualquier tipo de elección, sino que está encuadrada en la lógica de “la bolsa o la vida” y por lo tanto es algo más complicado, ya que se trata de una elección forzada.

Una de las características del lenguaje es la incompletitud de la batería significante, es decir el lenguaje es no-todo, y esta particularidad inherente al lenguaje será lo que marcara el funcionamiento subjetivo, como veremos con más adelante con más detalle. Como anunciamos anteriormente, la incidencia del lenguaje tiene consecuencias, no obstante no debemos entenderlas bajo la relación de causa – efecto, sino que están del lado de lo contingente, es decir que cesan de no escribirse. Otro de los puntos que incide en la constitución subjetiva y del cuerpo es la sexualidad, en tanto que somos seres que tenemos que reproducirnos por vía sexuada. Lo más peculiar es que como especie, a diferencia de otros animales, no sabemos hacer con esto, es decir que no viene dado ni marcado por un instinto. La cuestión es que todo este conflicto es un llamado a ser respondido mediante un saber hacer.

Algunos de los conceptos que dan cuenta del saber hacer con lo real de lo sexual y la falta de significante son la pulsión y el inconsciente. Ambos conceptos, tanto la pulsión como el inconsciente están íntimamente relacionados con el cuerpo. Pues el primero es lo que Freud (1915) definió como “el concepto límite entre lo psíquico y lo somático”, es decir es aquel concepto que nos permite vincular el aparato psíquico con el cuerpo. Por otro lado, si hay algo que demostró el psicoanálisis freudiano fue la relación del inconsciente y el cuerpo a través de los famosos casos de histeria. No solo a partir de esto que podamos afirmar la relación del cuerpo y el inconsciente, sino que a partir del seminario 11 de Lacan (1964), en el cual él realizó una analogía entre la apertura y cierre del inconsciente con las zonas erógenas, es decir, con los orificios del cuerpo. De este modo relacionó de una manera sumamente íntima el inconsciente con el cuerpo.

Una de las formulaciones más propias de Lacan (1963) fue la del objeto *a*, entendido como el resto que se produce en la división subjetiva que produce el lenguaje, como algo que no es susceptible de ser abarcado, ni aprehendido por el lenguaje. Esto también puede ser visto mediante la operación de corte que el lenguaje produce en el cuerpo, y que también da como resultado el objeto *a* o como nosotros venimos aproximando, la libra de carne, ya que nuevamente se trata de algo que resta a partir de una operación. Este elemento en conjunción con las zonas erógenas con calidad de borde, los orificios del cuerpo que mencionamos antes, Lacan (1963) pudo formalizar lo que denominó las cinco formas del objeto *a*. Estas formas tienen que ver con los diferentes niveles de la experiencia corporal de los cuales la libra de carne fue extraída y están conformados a partir de los tres objetos freudianos, anal, oral y fálico, más el objeto escópico y el objeto voz.

Como podemos ver, el cuerpo que estamos introduciendo y que se va perfilando, es el de las zonas erógenas relacionadas con el funcionamiento del inconsciente, la pulsión, y por ende del lenguaje. No obstante, toda esta conceptualización tiene unas consecuencias para el sujeto, en el cual se producen toda una serie de movimientos y efectos. Uno de los efectos y afectos que se producen es la angustia, este fue el tema central del seminario 10. Este concepto es de vital importancia no solo por ser el elemento que participo en la separación de los objetos y permitió el pasaje del goce para el deseo, sino que también por ser el único de los afectos que no engaña. Por lo tanto, la angustia es señal de la presencia de lo real y está estrechamente relacionada con la presencia o ausencia del objeto *a*.

Para finalizar todo este bagaje conceptual que desarrollaremos, serán articulados algunos acontecimientos relacionados con el objeto *a*, como por ejemplo la forma verbal de la pulsión, el pasaje al acto y el acting out. Podrían haber sido desarrollados muchos otros, pero estos serán especialmente elegidos pues se considera que son los que mejor ilustran la temática trabajada. Además, estos nos servirán como guía para entender cómo afecta el lenguaje en el cuerpo al pasar a ser comandado por la ley significante y cómo se desarrolla el cuerpo extraído de la libra de carne en torno a las zonas erógenas y el funcionamiento pulsional.

A partir de todo lo expuesto, este trabajo es una tentativa de abordar y transmitir la problemática que gira en torno al cuerpo y cuáles son el funcionamiento y lógica de este. Así como también las consecuencias de pagar con una libra de carne de cerca del corazón que constituirá un cuerpo con un funcionamiento y lógica particular, debido a que parte de nuestra carne quedará atrapada en la máquina formal del lenguaje y por lo tanto determinada por él.

CAPITULO 1

EL LENGUAJE QUE HABITO

1.1. La Estructura del lenguaje.

El lenguaje generalmente es considerado como el elemento mediante el cual se vehiculiza la comunicación y para la ciencia más ortodoxa no deja de ser una función cognitiva. No obstante trataremos de ilustrar que es algo más que eso, es algo de otro orden. Las personas hablamos, y a veces demás, pero lo que está más allá de la palabra es la estructura del lenguaje. El lenguaje es fundamental para el psicoanálisis, dado que tiene una función fundante y estructurante para este, ya desde sus inicios y de manera inaugural Freud les otorgó la palabra a las histéricas. Acto que le llevo a encontrarse con el inconsciente. No tenemos que olvidar que es mediante la palabra con lo que trabaja el psicoanálisis, tanto del lado del paciente como del analista. No por nada inicialmente el psicoanálisis se lo denominaba como “*Talking cure*” o cura del habla.

En psicoanálisis cuando hablamos de estructura se trata de la estructura del lenguaje, es importante mencionar que no se trata de una estructura cerrada, una estructura completa (toda), sino como Miller (1994) señala en Matemas II se diferencia una oposición entre la estructura y el todo. Es decir no por hablar de estructura tendría que ser toda, justamente la estructura del lenguaje, con la que tratamos es no-toda. Es importante mencionar que el lenguaje es un sistema de signos y como tal es un sistema completo. No se trata de una cuestión de insuficiencia para cubrir el campo del significado, ya que cualquier lenguaje existente cumple esta función que le es inherente a él.

Es importante mencionar que el lenguaje aunque completo es al mismo tiempo no-todo, no porque falte un elemento sino porque no se puede cerrar en una totalidad, es decir con todos los elementos, ya que hay algo que resta y que no puede ser aprehensible por este. Lacan (1956) denominó al lenguaje como un Otro (A) - tesoro de los significantes-. Debemos entender que al denominarlo como tesoro y no como el lugar sede de todos los significantes es porque no es de eso de lo que se trata. La cuestión no está en que sea el lugar de todos los significantes, sino que es donde el sujeto tiene que encontrar los y como buen tesoro, es algo valioso que no siempre se puede encontrar.

Una vez delimitada la estructura del lenguaje, como estructura no-toda, debemos resaltar que el lenguaje preexiste al sujeto. Esto quiere decir que antecede al surgimiento de este, afectándolo antes de su nacimiento mismo. Tomando la famosa frase del Evangelio según San Juan sobre la creación del Universo, *In principio erat verbum*, frase que Lacan (1955) planteó que *verbum* se refiere al lenguaje y no al verbo en sí mismo. Con esto no se refiere a que el lenguaje estuviera en los orígenes, sino que marca la dimensión fundante del sujeto a partir del lenguaje, de ahí que podamos entender que para el sujeto en principio y desde el principio era el lenguaje. El sujeto antes de nacer ya está nominado por una serie de significantes que vienen de un Otro, a los cuales el sujeto está llamado a tomar lugar, tiene que reconocer su sitio en él. No obstante si algo demuestra la experiencia analítica es que no cualquier manera de introducirse en el lenguaje, de tomar lugar en el, es igualmente eficaz. Para entender esta dimensión del lenguaje desarrollaremos brevemente un apólogo construido por Lacan (1955). Aunque este abre para múltiples cuestiones, nos interesa en tanto que retrata la importancia de la posición subjetiva y de la precipitación en el tiempo cierto para afirmarse, se trata sobre el dilema de los Tres prisioneros.

Tenemos tres prisioneros, los cuales van a ser sometidos a una experiencia mediante la cual uno de ellos podría ser liberado. La premisa es la siguiente, tienen tres discos blancos y dos negros. Se les colocara un disco cualquiera en la espalda a cada uno de los prisioneros y tendrán que arreglárselas para responder de qué color es el disco que llevan. A priori la única referencia que tienen para resolver dicha situación es a partir de los discos de los otros, ya que pueden ver el disco de los otros dos, pero no el propio. No obstante, como veremos un poco más adelante esto no es suficiente.

La primera opción posible sería que si uno viera sobre la espalda de los otros, dos discos negros, no tendría duda de que él es blanco y saldría, ya que solamente hay dos discos negros. Sin embargo lo que cada uno ve son dos discos blancos, entonces lo único que les queda es pensar cómo pensarían los otros dos. Entonces si él fuera negro, el blanco ya se habría encaminado a la salida, puesto que los otros dos verían un blanco y un negro. No obstante como los otros no se mueven, entonces quiere decir que él también es blanco y podría salir. Y como otro de los prisioneros no ve salir a ninguno de los otros dos, también concluye que es blanco y se precipita a salir; esto causa la inmovilidad de todos, ya que podría significar un error en la lógica. Sin embargo este tercer tiempo también le aporta un dato a nuestro preso, y es que él se encuentra en una

posición equivalente con los otros. Esto quiere decir que el detenimiento de todos le hace pensar que su lógica había sido la misma que la de los compañeros y por lo tanto es blanco. No obstante los otros también podrían llegar a esta conclusión, por eso aquí aparece el momento de precipitar su salida, ya que si deja pasar el tiempo volvería a caer en la incertidumbre. Por lo tanto, se precipita, sale, se afirma como blanco y solo mediante este acto es que se confirma su lógica.

El lenguaje está en la consigna, el número de discos, colores, reglas, etc. Es decir las leyes propias del lenguaje, todo aquello que antecede al sujeto y lo evoca a tomar posición. La palabra se introduce a partir del momento en el que sujeto realiza la acción por la cual la se afirma, soy blanco. En el momento que lo comprende, si no lo dice de inmediato, sino precipita la certidumbre, ya no podrá afirmarlo más. Por lo tanto si no se apresura a tomar palabra, quedara preso y los otros se le adelantarían, lo que significaría su muerte. Este sofisma nos plantea la cuestión del tiempo lógico, este tema no será abordado aquí, pero nos sirve para plasmar la entrada del sujeto en el lenguaje. Este nos antecede y si no tomamos posición, no entramos en el lenguaje, no saldremos, y tendremos que pagar las correspondientes consecuencias que esto conlleva. En relación al tiempo y a la manera de introducirse en el lenguaje, tenemos el claro ejemplo de la forclusión en la psicosis, entendida como la pérdida de un derecho no ejercido, tomando el sofisma de los prisioneros, podríamos decir que este sujeto no salió, no se afirmó.

Iniciamos este capítulo afirmando que el lenguaje es algo más que el mero vehículo de la comunicación. Sostendremos esta aseveración con lo que Lacan (1953) afirma en *Función y Campo de la palabra*:

“La función del lenguaje no es informar, sino evocar. Lo que busco en la palabra es la respuesta del otro que se constituye como sujeto en mi pregunta. Para encontrarlo, lo llamo con un nombre que él debe asumir o rechazar para responderme. ”. (p. 288)

El lenguaje evoca, llama a tomar posición frente a su enunciado, toda palabra llama a una respuesta, incluso sino encuentra más que silencio. A su vez el otro es también nominado y es el destinatario del mensaje, el decide el sentido de este mensaje. Siempre en la dimensión de la palabra se define por sí misma la subjetividad. Como Lacan (1956) planteó en diversas ocasiones a lo largo de sus escritos “El lenguaje humano constituye una comunicación en la que el emisor recibe del receptor su propio mensaje bajo una forma invertida” (p.21) Es decir el que habla, demanda algo al otro, y

este a su vez sancionara este mensaje y se lo devolverá, desde su subjetividad.

Para plasmar esta dimensión subjetiva de la palabra nos serviremos del famoso chiste de Freud de los dos judíos que viajan en tren. En el cual uno le dice al otro, ¿Por qué me mientes y me dices que vas a Cracovia para que yo crea que vas a Lemberg, cuando vas de veras a Cracovia? Aquí lo que aparece en juego es la verdad y la mentira, y la característica de decir la verdad haciéndola pasar por mentira, solo es posible en los seres hablantes. Lo interesante es que el registro de la verdad no se encuentra en lo objetivo sino en lo subjetivo, “se sitúa allí donde el sujeto no puede captar nada sino la subjetividad misma que constituye un Otro” (Lacan, 1956, p, 31). Se trata de una verdad subjetiva en la cual el saber falta, lo que está en juego es la subjetividad de aquel que habla con el otro que es receptor del mensaje.

Finalmente para circundar el don de la palabra, Lacan (1953), en *Función y Campo de la Palabra y del Lenguaje*, trae un pequeño fragmento del *Brad-aranyaka Upanishad*, un antiguo texto hindú que aunque lejano a nuestra cultura, plasma de un modo interesante el don de la palabra y que es allí donde reside la realidad de sus efectos.

La historia se centra en la conversación entre *Prajapati*, un Dios creador y un grupo de seres que iban a iniciar la tradición monástica; Devas, dioses que presidian los fenómenos naturales, los hombres y los *Asuras*, seres que presidian los fenómenos morales y sociales.

Estos le dicen a *Prajapati*: Háblanos.

“*Da* dijo *Prajapati*, ¿Me habéis entendido?” Y los devas contestaron: “Nos has dicho: *Damyata*, domaos”, con lo cual el texto sagrado quiere decir que los poderes de arriba se someten a la ley de la palabra.

“*Da* dijo *Prajapati*, ¿Me habéis entendido?” Y los hombres respondieron: “Nos has dicho: *Datta*, dad” con lo cual el texto sagrado quiere decir que los hombres se reconocen por el don de la palabra.

“*Da* dijo *Prajapati*, ¿Me habéis entendido?” Y los asuras respondieron: “Nos has dicho *Dayadhvam*, haced merced” con lo cual el texto sagrado quiere decir que los poderes de abajo resuenan en la invocación de la palabra. (p.309)

Lo importante de esta historia primeramente es que *Prajapati*, pronuncia la misma palabra para todos y acto seguido los evoca a entender, a tomar posición frente a esa palabra. No obstante cada uno lo sanciona según su posición, cada uno se reconoce en ese significante de manera diferente. Lacan (1953) inicia esta historia marcando que “Es en el don de la palabra donde reside toda la realidad de sus efectos; pues es por la vía de ese don por donde toda la realidad ha llegado al hombre y por su acto continuado como él la mantiene” (p.309).

Los dones que desde mi punto de vista trae esta historia, es que la palabra es algo que se da, y en estas palabras que el hombre da y recibe, es que se reconoce, que toma lugar. Los *Asuras* que presiden los valores morales y sociales, hacen merced, palabra que se refiere tanto a la dádiva como a la voluntad. Es mediante la palabra que se regula tanto la moralidad como los actos sociales, la palabra y el pacto son los que permiten estos acuerdos y regulaciones. Los *Devas* divinidades que presiden los fenómenos naturales, domaos, los fenómenos naturales se someten a la palabra. ¿No es la ciencia un intento de someter, entender, nominar los fenómenos naturales? Y es a través de la palabra y la posibilidad que esta ofrece, que podemos desarrollar e intentar aprehender algún real de estos conocimientos.

1.2 El Significante

Para entender la dimensión del significante, nos vemos imperados a abordar el signo lingüístico, concepto elaborado por Saussure. Este signo es una unidad compuesta por significante y significado. Lacan retomo dichos conceptos y los formulo de manera diferente. Hay que resaltar la primacía del significante sobre el significado, y lo que es más importante, como ordenes distintos y separados por una barrera resistente a la significación.

Esto lo ilustraremos con el olvido de nombre propio, el olvido de “Signorelli” que trabajo Freud (1901) en *Psicopatología de la vida cotidiana*. Él está en un viaje y comenta que ha estado viendo frescos de la catedral de Orvieto, no recuerda quien es el autor y posteriormente aparecen los nombres de Botticelli y Boltraffio. Es importante mencionar que lo olvidado fue el nombre, el significante, pero no el significado. Este aparece en lugar de lo que no aparece, en todas las asociaciones y sustituciones que surgieron. Este ejemplo también nos sirve para desarrollar los mecanismos de funcionamiento del significante, metáfora y metonimia. Por un lado tenemos la

metonimia entendida como la conexión de dos palabras en un solo significante, en el ejemplo lo vemos con los significantes Signorelli y Bosnia-Herzegovina que acaban formando Boltraffio y Botticelli. Por otro lado la metáfora, es el mecanismo mediante la cual un significante substituye a otro tomando lugar en la cadena significativa, *signor* substituye a *herr* (señor), ya que este último representaba un tema perturbador que Freud tenía reprimido. Lo más importante es que esta construcción a partir de pedazos de significantes, hablo más de Freud de lo que él mismo podría haber hecho, ya que esta formación lingüística le permitió hablar y traer a escena un tema sexual que reprimió.

El psicoanálisis lo que le interesa es el significante en tanto no quiere decir nada, por esto mismo debemos abandonar la ilusión de que el significante tiene la función de representar al significado. Freud (1900) ya traía esta idea en interpretación de los sueños, que estos se descifran como los jeroglíficos. Se trataría de un acertijo en imágenes que debe leerse al pie de la letra, los signos valen por su relación con los otros, por sus oposiciones y por sus relaciones de sustitución y de combinación. Esto nos trae la idea de que el significante también funciona de este modo, no es sin su relación con los otros que se produce la significación.

Continuando la lógica anterior podemos entender que la significación es un efecto que se produce por la referencia a otra significación. Es decir la significación es algo que se produce en el deslizamiento del significado bajo el significante y no sella su sentido sino con el último término y con efecto retroactivo. Por esto mismo no se hacen diccionario de frases sino de palabras, porque la significación es algo que aparece en el transcurso significativo y aunque repitiésemos una frase nunca sería igual a la anterior. Decir una cosa y repetirla ya no es lo mismo. Esto nos lleva a entender que el significante solo se plantea oponiéndose a otro significante diferente, por sí mismo no tiene consistencia propia.

Es conocido ya por todos, la tautológica frase de Lacan (1964) “un significante es lo que representa a un sujeto para otro significante”. Esto quiere decir que el significante solo se plantea oponiéndose a otro significante, solo existe por su diferencia. El significante representa a un sujeto, para otro significante, no para otro sujeto. El sujeto surge a partir del significante pero surge como sujeto tachado y no obstante al mismo tiempo es representado por este significante, el sujeto es un efecto del lenguaje.

Partimos de la premisa de que el sujeto es efecto del significante, no obstante, el mismo significante no incide de la misma manera en cada individuo, por esto mismo que no se puedan hacer campañas de prevención de significantes o crear una panacea para todos en relación al significante y su efecto. Lacan (1956) plantea esto a partir de la historia de Edgar Allan Poe *La carta robada*. La historia se desarrolla en Francia en torno a la monarquía, un ministro, la policía y el detective Dupin. Una de las escenas más importantes es en la cual el ministro se da cuenta del embarazo de la Reina ante una carta que está sobre la mesa; este aprovechándose de esta situación y ante los ojos de la Reina, toma la carta y deposita otra en su lugar. La Reina desea recuperar la carta para que el ministro no pueda usarla para chantajearla o presionarla, no obstante ante la inutilidad de la policía que no encuentra nada, recurre al detective Dupin. Este encuentra la carta en el apartamento del ministro, en el sitio más evidente, trama un artil y le intercambia nuevamente la carta original por otra con un curioso mensaje “...*Un designio tan funesto, si no es digno de Atreo, es digno de Tiestes*”, frase que hace referencia a la obra trágica de Crébillon basada en la mitología griega.

Como Lacan (1956) relata hay dos escenas importantes, la de la carta robada y la de la carta recuperada y cuatro personajes principales, cuyas funciones aparecen en ambas escenas; el rey, la reina, el ministro y la carta. Primero es una mirada que no ve nada, que serían el Rey en la primera escena y la policía en la segunda escena; una mirada que ve que el primero no ve nada, la reina con el rey en la primera escena y el ministro con la policía en la segunda; por ultimo una tercera mirada que ve a esos otros dos mostrando lo que deseaban esconder, el ministro en la primera escena y Dupin en la segunda. Las funciones de los personajes están determinadas por la posición de la carta y el efecto que esta tiene sobre ellos, para cada uno la carta es su inconsciente.

Lo que nos interesa es el efecto de la carta que como significante afecta a los sujetos. Entendamos que esta carta como Lacan (1956) señala “Es un símbolo desplazándose, el cual no es posible rozar sin estar de inmediato en su juego” (p.295). Cuando los personajes se apoderan de la carta, son atrapados arrastrados por algo que los domina, están definidos por su posición. Cada personaje se posiciona frente a esta carta desde su subjetividad, desde su inconsciente. La carta es una hoja volante, no obstante las palabras quedan, no podemos elegir las cartas que nos llegan, porque estas siempre llegan a su destino.

El significante es símbolo de una ausencia, este siempre estará y no estará allí donde está, vaya a donde vaya. Lo que está realmente escondido no es otra cosa que lo que falta en su lugar. Tomando la metáfora de la carta, en el texto de la carta robada: nosotros olvidamos la carta, pero ella no nos olvida a nosotros. Esto lo demuestra la clínica donde nos encontramos con el inconsciente del neurótico, afectado y padeciendo los efectos de significante que ni el mismo conoce que lo determinan. “Lo olvida tan poco que lo transforma cada vez más a imagen de aquello que lo ofreció a su sorpresa” (Lacan, 1956, p. 34).

Si damos cuenta a esto es gracias a lo que Freud formuló, como retorno de lo reprimido. Mecanismo mediante el cual todas estas cartas robadas que olvidamos, vuelven para recordarnos que aún siguen allí, aunque disfrazadas como formaciones del inconsciente. No obstante es importante resaltar que lo que nos afecta de estas cartas no es azaroso, como vemos por la existencia del diálogo, se trata de articulación de palabra a palabra y como veremos con la cadena significante no es de cualquier modo.

1.3 La Cadena Significante

Como vimos anteriormente el significante solo se plantea oponiéndose a otro significante, es decir tiene que reducirse a elementos diferenciales y responde a leyes de orden cerrado. Esto quiere decir que el significante forma cadenas, se va enlazando, concatenando unos con otros, pero no de manera arbitraria, sino que responde a ciertas leyes de exclusión.

El significante solo se plantea al oponerse a otros significantes, por tanto como mínimo tenemos que tener dos significantes para formar cadena, y los representamos a través de los Matemas S1 - S2. Estos significantes que no pueden ser pensados por sí solos, no son equivalentes, no pueden ser colocados en el mismo lugar. El S2 representa al conjunto de los significantes y al S1 en la figura de la excepción. Estas relaciones implican lugares uno remite al otro. Como Lacan (1956) plantea en el texto de *La Carta Robada* la cadena simbólica tan pronto como es desplegada se organiza de acuerdo a leyes, se trata de unidades de sucesión, que introducen cierta unidad significativa, es decir no puede salir cualquier cosa. Todo se reduce entre lo que va a salir o no, entre los más y los menos.

Para entender el funcionamiento de esta cadena, Lacan (1956) construye una serie de números a partir de tiradas en un juego de presencia y de ausencia, basadas en la teoría del juego. Estos constituyen un orden simbólico, que como veremos establecen un efecto de rememoración, *après-coup*, función de rememoración de la cadena simbólica.

La elaboración de la cadena fue hecha en tres etapas, en un primer momento se trata de una secuencia de más (+) y menos (-). En este momento la alternancia entre unos y otros corresponden totalmente al azar. Posteriormente estos elementos fueron agrupados en grupos de tres elementos. Es importante resaltar que el hecho de que sean tomados de tres en tres no es arbitrario. Lo importante es la relación de diferencia que tienen entre si y al introducir el tercer término es que puede haber disimetría de la alternancia. Este último elemento permite un mayor movimiento de la cadena numérica construida.

(1)	(2)	(3)	
+++	++-	+-+	(1) Simetría de la constancia
---	--+	-+-	(2) Disimetría
	-++		(3) Simetría de la alternancia
	+--		

Esta organización hace emerger leyes precisas. Los 1, los 2 y los 3 no pueden sucederse en cualquier orden. Un 1 nunca podrá suceder a un 3, nunca aparecerá un 1 a la salida de un número impar de 2 y solo después de 2 es posible tener un 1. Siempre es posible un número indefinido de 2 entre 1 y 3. La secuencia sería la siguiente:

- - - + + + - + + - - - + - + - - + + - +
1 2 2 1 2 3 2 2 2 1 2 3 3 3 2 2 2 2 3

A partir de esto compone nuevas agrupaciones, que representa los intervalos entre dos de los grupos anteriores:

$$\begin{array}{l}
 \text{Paso de 1 a 2} \rightarrow \beta \\
 \text{Paso de 2 a 2} \rightarrow \gamma \\
 \left. \begin{array}{l} \text{Paso de 1 a 1} \\ \text{Paso de 1 a 3} \end{array} \right\} \rightarrow \alpha \\
 \\
 \left. \begin{array}{l} \text{Retorno de 2 a 1} \\ \text{Retorno de 2 a 3} \end{array} \right\} \rightarrow \delta
 \end{array}$$

Después de la repetición de una cantidad de alfas / α /, si antes teníamos un beta / β /, solo puede salir un delta / δ /.

La serie de los alfa se acuerda de que no puede expresar otra cosa que un delta, si antes de la serie de los alfa se ha producido un beta, por lejos que este. Si bien esta construcción lógica se puede seguir ampliando, lo que nos interesa es ilustrar el funcionamiento de la cadena significativa. Ya que si bien podría parecer inicialmente puro azar, se demuestra que responde a leyes de exclusión, de una memoria inherente a la cadena, donde no todo es posible.

Por esto mismo Lacan (1956) planteó que “la subjetividad en su origen no es de ningún modo incumbencia de lo real, sino de una sintaxis que engendra en ella la marca significativa” (p.59). El sujeto se construye en la cadena significativa, se halla inserto en esta cadena, transportado en ella, en una sintaxis que ordena y marcara el funcionamiento de este. No obstante el sujeto desconoce los efectos y construcción de esta cadena. Desconoce que es agitado, movilizado y marcado por esta cadena significativa. Justamente la subjetividad es una respuesta al impase, se trata de un saber hacer más o menos certero con lo real.

1.4 Caracterizando el objeto a

En este apartado delinearemos de modo general el objeto a en relación al lenguaje, y más adelante se le irán perfilando diferentes matices de este particular objeto. Este objeto *fue* un aporte original de Lacan (1962) que vino a designar el resto de una operación, lo inasible, imposible de figurar, objeto perdido por estructura. Hay que resaltar la importancia de este punto, ya quiere decir que es un objeto que está abocado a la pérdida, ya que en sí mismo está fundado en una pérdida. Como veremos más adelante la relación del objeto a y los objetos pulsionales, pecho, heces, voz, mirada, es que estos objetos ya eran separables, ya eran susceptibles de ser perdidos.

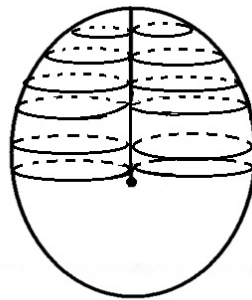
Es un objeto que escapa a todo intento de aprehensión, tanto en la dimensión significativa como en la de la imagen. Desde esa época ya se vislumbra la intención de Lacan (1962) de matematizar el psicoanálisis, por esto mismo este objeto fue designado con la notación algebraica a con una intención específica. Primero para dar cuenta de la identidad del objeto en sus diversas manifestaciones. Segundo para una mejor transmisión, ya que el uso de la palabra siempre es metafórico, siempre llama a un sentido y con la anotación algebraica no ocurre esto.

Como vimos en la construcción de la cadena significativa en el texto de *La carta robada*, había una serie de secuencias que no ingresaban en la cadena, aparecían como un resto de la operación significativa, como objeto caído entre el S1 y el S2. Este resto es definido por Lacan (1963) como "lo que sobrevive a la prueba de la división del campo del otro por la presencia del sujeto... es esa función irreductible que sobrevive a la prueba del encuentro con el significante puro"(p. 239). El inevitable encuentro con el lenguaje produce toda una serie de consecuencias, y una de ellas es que se produce un resto, algo que sobrevive a este acontecimiento. Esto es lo que denominamos como objeto pequeño a . No obstante, es importante resaltar que no se trata de un resto inerte, de un resto muerto, sino de un objeto bastante particular que desarrollaremos más adelante.

Es el objeto causa de deseo, causa el deseo, es decir se sitúa detrás de este. El objeto a al ser un objeto perdido, ilusoriamente puede ser sustituido por cualquier otro objeto, y ese objeto será la condición por la que se sostiene el deseo. No obstante como sabemos en psicoanálisis, el deseo es metonímico, nunca llega a completarse, sino que se satisface en el recorrido. Para dar cuenta de las características del objeto a Lacan (1963) se sirvió de la topología. Primero porque la topología nos aporta una lógica tridimensional y segundo porque que permite prescindir de los significados concretos. Es decir, requiere de un trabajo, de una elaboración para que surja algo del sentido.

Para dar cuenta de la estructura del objeto a ; en primer lugar tenemos el *Cross cap*; se trata de una esfera de tres dimensiones, que no tiene bordes, no divide el espacio entre un interior y un exterior y sus dos caras están en continuidad, es decir tiene una sola cara. La esencia del *Cross cap* es que no hay nunca un círculo con reducción puntiforme, es decir ninguno de sus círculos se puede reducir a un punto. Esto se debe a que hay un agujero en su interior, hay una falta irreductible, no simbolizable e imposible de colmar, esto es lo que introduce el *Cross cap* para ejemplificar estas

características inherentes al objeto *a*. Porque en sí mismo este objeto trata de una falta. Como Lacan (1963) ya indicó, no hay falta en lo real, solo sabemos de la falta por medio de lo simbólico. Esto claramente es ejemplificado con el breve apólogo sobre el libro que falta en la biblioteca, sabemos de su falta por su ausencia, por faltar en su lugar designado, por la hiancia que abre su ausencia. Esta falta irreductible es la del objeto *a*, presente por su ausencia.



Cross- Cap

En segundo lugar y continuando con la topología, si aplicamos una sección en el *Cross cap*, un corte, lo que aparecerá es un ocho interior y quedara algo comparable con una banda de *moebius*. Esta banda trata de un cinturón abrochado después de aplicarle una semitorsión. Tiene la propiedad de poseer una sola cara y un solo borde, por esto mismo no tiene imagen especular, porque si se le da vuelta siempre será idéntica a sí misma.

Recordaremos que el espejo devuelve la imagen reflejando la realidad, pero devuelve la imagen de forma invertida y en el caso de la banda de *moebius* no ocurriría esto, ya que no posee imagen invertida. El ejemplo clásico que ilustra este fenómeno es sobre una hormiga que se pasea por la superficie de la banda, cree que tiene una cara que no conoce, pero pasara de una cara a otra sin atravesar el borde y sin darse cuenta, desconociendo el reverso por el cual camina. El objeto *a* es de este orden no tiene imagen especular, es decir no es susceptible de pasar por la dimensión de la imagen, no es capturable en este registro.

1.5 El esquema de la división

En el seminario 10 Lacan (1963) nos presenta el esquema de la división, esto es una forma de dar cuenta del encuentro mítico del viviente con el campo del Otro, con el campo del lenguaje y las consecuencias que esto conlleva. Nos servirá en posteriores capítulos, para entender la lógica subyacente en la constitución del cuerpo por el lenguaje. A lo largo del seminario fueron elaborados tres esquemas, los cuales presentan algunas diferencias y matices entre ellos. Es importante resaltar que debemos entender

los esquemas desde dos perspectivas, primero desde la literalidad de la palabra división, como operación matemática que da un cociente como resultado y en segundo lugar la división como efecto que produce el sujeto, justamente dividido.

El primero de los esquemas fue presentado en la sesión del 21 de noviembre, en el cual coloca al A como lugar donde el S debe buscar los significantes. Siguiendo la lógica de la matemática, tenemos como resultado el sujeto dividido. Lo importante es que en este esquema se coloca al sujeto como cociente, es decir como resultado de la operación de división. Como Lacan (1963) propone:

“Al principio se encuentran ustedes A, el Otro originario como lugar del significante, y S, el sujeto todavía no-existente, que debe situarse como determinado por el significante. Con respecto al Otro, el sujeto depende de él se inscribe como un cociente. Está marcado por el rasgo unario del significante en el campo del Otro.” (p.36)

Por lo tanto, el sujeto al ser marcado por el rasgo unario, es decir ese primer significante mítico que produce la división, a su vez deja al A también dividido. Una vez situados estos dos elementos, el sujeto dividido y el A, podemos continuar con la división matemática que da como resultado final el objeto *a*. Este último indivisible y por lo tanto la operación matemática finalizaría en este punto.

Esto nos lleva al segundo esquema de la división, el cual fue anunciado brevemente por Lacan (1962) en la sesión del 23 de enero. En este introduce un nuevo elemento sin muchas explicaciones, el número 0. Desde mi punto de vista por un lado representa la falta, ya que el cero es el signo numérico de valor nulo. Por otro lado, es al mismo tiempo el número que es divisible por todos los otros números y que siempre da como resultado 0, se vuelve al punto de partida. ¿Acaso no es este el funcionamiento del deseo en relación con el objeto *a*? Un objeto el cual puede formar parte de una operación, de un movimiento, y que sin importar cuál sea el elemento con el que opere, siempre dará 0, siempre retornara al punto de partida, la falta.

| | | |
|----------|--|----------|
| A | | S |
| S | | A |
| a | | |

Primer esquema de la división

| | | |
|----------|--|----------|
| A | | S |
| S | | A |
| a | | 0 |

Segundo esquema de la división

Para entender los esquemas debemos saber que el lado izquierdo representa el lado del Otro y el lado derecho el del Sujeto. Como podemos observar tanto el sujeto dividido como el objeto *a* están en el lado del Otro, estos son los dos elementos que constituyen el fantasma como soporte del deseo. Esto último nos permite pensar y entender que el deseo es el deseo del Otro, pues como vemos está situado en su lado. Del lado del sujeto está el Otro dividido y es “lo que me constituye como inconsciente, a saber \bar{A} , el Otro en la medida en que yo no lo alcanzo.” (Lacan, 1962, p.36.) Esta imposibilidad de alcanzar al Otro es lo que podemos localizar como la hiancia que representa el inconsciente. Lo más curioso de todo esto es que lo que quedó del lado del sujeto fue una imposibilidad y la falta, los cuales son justamente al mismo tiempo lo que constituye al sujeto.

El tercer y último esquema de la división fue presentado en la sesión del 6 de marzo. En este esquema introduce algunos cambios en la posición de algunos elementos y esto le permitió a Lacan articularlo con la angustia y el deseo. Partimos con los mismos elementos el Sujeto mítico y el A como lugar donde tiene que constituirse por ser la sede de los significantes. En esta ocasión el encuentro viene articulado por la diferencia entre demanda y la respuesta que viene del Otro. Como Lacan (1962) planteó:

“Digamos que el sujeto lleva a cabo una primera operación interrogativa en A - ¿Cuántas veces? Suponiendo que esta operación se haya producido, surge entonces una diferencia entre el A-respuesta, marcado por la interrogación, y el A-dado, algo que es el resto, lo irreductible del sujeto. Es *a*” (p.175)

En los anteriores esquemas la división del Otro venía dada por la división de A y S. En este esquema la división del Otro sigue apareciendo como cociente, pero en este caso lo que aparece como un primer resto es el objeto *a*. Que continuando con la división dará el resultado final el sujeto dividido, como consecuencia de la diferencia entre *a*, el objeto resto de la operación que produjo la separación del objeto y la falta de encaje de este mismo objeto en el campo ya dividido del A.

| | | |
|-----------|-----------|----------|
| A | S | x |
| a | \bar{A} | angustia |
| \bar{S} | | deseo |

Tercer esquema de la división

Ahora para vivificar este esquema lo articularemos con los conceptos de deseo y angustia. Lacan (1962) localizó la angustia como función media entre el goce y el deseo, por esto mismo es importante entender como su presencia permite el pasaje entre un momento mítico y el deseo.

Lo primero que debemos entender es que “aquí hay al principio una x que sólo podemos nombrar retroactivamente, que es, propiamente hablando, el acceso al Otro, el punto de mira esencial en el que el sujeto debe situarse” (Lacan, 1962, p.176). Esto es lo que venimos desarrollando hasta el momento, este momento mítico, que es accesible *a posteriori* y cabe señalar que lo que más nos interesa es el efecto retroactivo y no el acontecimiento original. En esa x es donde posteriormente Lacan (1962) colocara el goce, como un momento en el cual se puede pensar de puro goce mítico. A partir del encuentro con el A del lenguaje y la división que esto produce, daba como resultado una pérdida de goce y como cociente el objeto a .

Una vez situados en el nivel de la angustia, como podemos observar en el esquema está el objeto a en el lado del Otro y del lado del sujeto está la castración. A partir de este momento debemos localizar la angustia como el operador que posibilita el advenimiento del sujeto del deseo, ya que una vez franqueada lo que adviene es el deseo. Esto se produce en conjunción de los elementos que tenemos, la castración del Otro y el objeto a . Puesto que para franquear la angustia, la cual concierne y toca en lo más íntimo de sí mismo, la única opción que tiene es servirse del objeto, haciendo de él un elemento que pudiera obturar su propia falta.

Podemos entender el objeto a como aquello “que resiste a toda asimilación a la función del significante, y por eso precisamente simboliza lo que, en la esfera del significante, se presenta siempre como perdido.” (Lacan, 1962, p.190) Lo más interesante es que perdido no quiere decir que no se pueda buscar, pero tampoco que se pueda encontrar, y justamente en este funcionamiento se basa la dialéctica del deseo del sujeto.

CAPITULO 2

“ES TU CORAZON LO QUE QUIERO Y NADA MAS”

2.1 La libra de Carne

Comenzaremos con una frase de Lacan (1963) que representa el corazón de nuestra investigación. “En el cuerpo hay siempre, debido a este compromiso en la dialéctica significante, algo separado, algo sacrificado, algo inerte, que es la libra de carne” (p.237). El cuerpo es una posibilidad del lenguaje construida a partir de la relación del hombre con este. Por lo tanto, el cuerpo estará marcado por este, pero habrá un elemento de pérdida, de un resto que se deja atrás en su constitución y quedará como de pago de la deuda y justamente esto es lo que tratamos de ejemplificar a partir de la metáfora de la famosa obra teatral de Shakespeare, *El mercader de Venecia*.

Resumiremos brevemente la historia centrándonos principalmente en los puntos que nos interesan, para ilustrar lo que el propio Lacan (1963) indico como “la ley de la deuda y el don”. La historia comienza con Bassanio, un noble italiano sin recursos que desea cortejar a una rica heredera, Porcia. Para esto decide pedirle prestado 3000 ducados a su amigo Antonio, un mercader veneciano, que como tiene todo su dinero empeñado en barcos en el extranjero decide pedir prestada la suma de dinero a un usurero judío, Shylock. Este acepta prestarle el dinero con la condición de que si no fuera devuelto, la deuda seria saldada con el propio cuerpo del mercader, tomando una parte de su elección. Pasan toda una serie de acontecimientos, el mercader no puede pagar la deuda y Shylock reclama el cumplimiento del acuerdo. Como el acuerdo indicaba, el usurero exige una libra de carne y la exige de la parte más próxima al corazón, no obstante como el juez indico, solo podría ser carne y no se podría derramar ni una sola gota de sangre. Nuestro relato de la historia acaba aquí, ya que esta es la parte que nos importa, dejaremos el desenlace para aquellos que deseen acercarse a la obra de Shakespeare.

La ley de la deuda y el don es una temática trabajada por Marcel Mauss (1979) en su *Ensayo sobre los dones, motivo y formas de cambio en las sociedades primitivas*, en el cual hace todo un recorrido para marcar la dimensión social de la deuda y el don a partir de sociedades primitivas de la Polinesia, Melanesia y América del norte, así como también las relaciones de intercambio en la India. Un concepto importante que podemos

extraer del ensayo, es la ley de la dádiva o el don, la cual se basa en la dinámica de intercambio de objetos, prestaciones económicas, bienes o regalos. Justamente lo que se demuestra en este ensayo es que lo que en apariencia serían donaciones voluntarias, libres y gratuitas, están más del lado de la obligatoriedad, es decir a través de toda una serie de actos sociales, se vislumbra que hay un interés, se contraen deudas que deben ser saldadas. Por esto mismo se le denomina ley, en tanto se contrae aunque de modo implícito una cierta obligatoriedad al recibir dones, regalos o favores. En resumen, de algún modo todo debe ser pagado.

A nosotros lo que nos atañe no es la deuda mediada por un tercero que vele el cumplimiento de esta, sino mostrar que la deuda está basada en la dimensión de la falta, la hiancia creada a partir de un don del Otro y las estructuraciones que se crean a partir de este movimiento. Esta relación de deuda recíproca se basa, en que uno le da al otro lo que en apariencia le falta. Lo más curioso es que este acto en sí mismo crea una falta, ya que el que recibió se ve imperado a devolver el favor, a final de cuentas la falta de uno se convierte en la falta del otro.

Por esto mismo como indica Lacan, (1963) lo que está en juego en el pacto no puede ser y no es más que la libra de carne, que debe ser tomada de muy cerca del corazón. Aclaremos que no es por casualidad la metáfora sobre que la carne deba ser tomada de esta parte en particular, sino que justamente por ser próxima al corazón se enfatiza la relevancia vital, el valor de este pacto y de este acto. Tema que desarrollaremos con más detalle y profundidad un poco más adelante. En este momento lo que queremos es enmarcar el paradigma del don, el cual hace de la donación el momento constitutivo de nuestra realidad y que a partir de entonces se convierte en símbolo de la circulación de la falta.

Es importante remarcar que por tratarse de un hecho constitutivo debemos colocarlo desde el origen. Es importante resaltar que el origen es siempre mítico, pero lo que a nosotros nos interesa es lo que el mito puede decir del origen, ya que de algún modo habla de un saber hacer con un real. Para ilustrar esta temática no hay mejor ejemplo que lo que podemos denominar como “la deuda de la vida”. Esta deuda consiste en el compromiso que contraemos por ser vivientes y esto es colocado con frecuencia por las diferentes religiones, las cuales conciben la vida como un don recibido entregado por un gran otro. Convirtiendo nuestra vida en algo que debemos aprovechar y agradecer, de este modo se constituye una deuda impagable con Dios. Esto

lo podemos ver reflejado en los diversos ritos que como Lacan (1963) comenta, ofrecemos sin cesar a cualquier divinidad o santidad, algún sacrificio, alguna pequeña mutilación, alguna pérdida, establecida por un pacto.

Un buen ejemplo de esto es el que trae a colación *El mercader de Venecia*, ya que no es por casualidad que fuera elegida esta obra para trabajar el tema de la deuda y el cuerpo. Como recordaremos Shylock es un usurero semita y este hecho nada circunstancial nos remite directamente al judaísmo. En la tradición hebraica podemos encontrar uno de sus ritos más emblemáticos, que no puede ser otro más que la circuncisión. No podemos dejar pasar por alto la relación del falo como $-\phi$ y la circuncisión por esto mismo este tema será tratado con más profundidad más adelante.

Por el momento recordaremos solamente que la circuncisión es una ceremonia que sirve para recordar y celebrar el pacto entre Yahvé y Abraham, en el cual se le prometió una descendencia igual de grande que las estrellas del cielo y las arenas de los mares. Así de este modo para saldar y rememorar la deuda con Dios contraída en ese pacto, cortan circularmente un pedazo de carne del prepucio del pene del infante. Lo interesante de la “deuda de la vida” no es solo que sea algo colocado desde el origen, sino que también hay algo que pagamos y debemos para la vida. No solo desde el lado de la mera existencia sino del lado de la vida como posición subjetiva, es decir que podemos estar vivos, pero vivir como si ya no lo estuviéramos. Aquí podemos entender el discurso de algunas religiones, que consideran que la vida pertenece a dios y por eso habría que aprovecharla, en pago de este regalo.

Todo lo expuesto anteriormente nos lleva a la siguiente reflexión e interrogación ¿Cuál es nuestra deuda? o ¿Cuál es nuestro don? Como bien sabemos por la experiencia analítica el lenguaje antecede al sujeto, éste está ya presente desde el origen. En tanto que hablamos ya estamos implicados por esta palabra en el cuerpo. Esto es lo que colocábamos con la Ley de la deuda y el don, es decir el lenguaje aunque no lo queramos es lo que nos es dado, es nuestro don y se crea una deuda que debemos saldar, una falta que debemos obturar. El pago es como ilustra la obra del mercader de Venecia, con una libra de nuestra carne de cerca del corazón. Como Lacan (1962) planteó sobre esta deuda:

“(…) Nosotros le damos, no tan solo la materia, no tan solo nuestro ser de pensamiento, sino el pedazo carnal arrancado de nosotros mismos. Es este pedazo lo que circula en el formalismo lógico tal como se constituyó mediante nuestro trabajo referido al uso del significante. La parte de nosotros mismos que está atrapada en la máquina y que es irrecuperable por siempre jamás. (p. 233)

El lenguaje afecta el organismo, constituye agujeros en lo real, tomando y separando pedazos de carne en los diferentes niveles de la experiencia corporal y estos se convertirán en el sustrato para la conformación de las diversas formas del objeto *a* en torno a la carne atrapada. Nuestra carne, nuestro cuerpo queda cautivo de manera irreversible en la máquina formal del lenguaje y pasará a someterse y a funcionar bajo las leyes de éste, comandados por el significante. Es de suma importancia destacar que se trata de un evento fundante con múltiples consecuencias, ya que a partir de ese momento podemos localizar la constitución de un solo cuerpo, de un cuerpo intervenido, determinado y regulado por el Otro. Ahora solo anunciaremos que la regulación del cuerpo se posibilita gracias a ciertas zonas del cuerpo que serán privilegiadas por el lenguaje, estas son las zonas erógenas. Esta temática será desarrollada en profundidad en capítulos posteriores.

De igual modo también se instauro el modo de funcionamiento de este, que será a partir de entonces, un cuerpo pulsional y un cuerpo del inconsciente. El lenguaje y el significante pasarán a estructurar nuestro aparato psíquico, nos marcará el modo en que se conocen los objetos, puesto que si podemos diferenciar unos de otros es porque podemos nominarlos e identificarlos, el significante crea la diferencia. Nuestra relación con ellos está también marcada por el lenguaje, el modo en que recibiremos la representación de estos, el valor que le otorgamos y como nos afectará. Esto puede ser claramente ejemplificado con el dinero, que no deja de ser un mero papel, pero que el lenguaje posibilita que sea un papel de gran valor de cambio. En resumidas cuentas, este acontecimiento de vital importancia nos abre a toda una serie de posibilidades psíquicas y nos cierra a tantas otras.

El cuerpo, a partir de este acontecimiento, por estar comandado por la ley significante, sus funciones y sus órganos devienen como funciones metafóricas. Estos órganos deben ser tomados al pie de la letra, es la literalidad de nuestra carne lo que está en juego. Debido a que el lenguaje establece una relación entre el cuerpo y un resto de literalidad que se produce - el objeto *a* - como pieza destacada del encuentro con el

lenguaje, se establece un funcionamiento determinado en relación a este objeto. Que como veremos más adelante este será el objeto de la pulsión y está íntimamente con el deseo.

El objeto *a* es la parte que sobrevive al encuentro con el lenguaje, algo que pertenece a lo más profundo del cuerpo, a las entrañas, es resultado de un compromiso del significante en relación al cuerpo. El objeto *a* es la libra de carne que es arrancada de nosotros mismos y pasa a ser lo inasible que circula en la cadena significativa, se trata justamente de la dimensión del sujeto sellado en su carne por la marca significativa, que produce un objeto en falta en sí mismo y es a través del cuerpo que se encarna el significante y nos hacemos presentes para los otros. Si algo demuestra la experiencia analítica es la incidencia del lenguaje, el cual constituye el cuerpo, así como las consecuencias y estragos que este deja a su paso.

Es frecuente en el lenguaje común el uso metafórico con diferentes referencias a las partes del cuerpo, como por ejemplo frases del tipo *tienes que pensar más con el corazón y no con la cabeza*. Esta frase no puede ser interpretada a nivel literal, puesto que no se puede pensar con el corazón, lo que esta frase apunta y demanda a algo que se encuentra más allá del deseo aparente que no puede ser aprehendido mediante la razón o el pensamiento, algo que pertenece a las entrañas del ser hablante. En este punto es donde Lacan (1963) introduce la cuestión de la causalidad:

“El uso metafórico, siempre vivo, de esa parte del cuerpo para expresar lo que, en el deseo, va más allá de la apariencia, ¿Cómo explicarlo, sino porque la causa ya está alojada en la tripa y figurada en la falta?... Toda la discusión mítica sobre las funciones de la causalidad se refiere siempre a una experiencia corporal.” (p.234)

Metafóricamente podemos entender que la causa está alojada en la tripa debido al afecto del lenguaje en el organismo. Ya que si entendemos que la causa es la causa significativa es porque esta se produce en la hiancia, en aquello que falta y literalmente al faltar, causa. A partir de esto podemos hacer una aproximación y decir que se localiza en las entrañas porque se arrancó una libra de carne, que es la pieza faltante que restó del encuentro con el lenguaje y sin lugar a duda esto es una experiencia corporal.

A partir de esta concepción podemos entender que para poder hablar de causa, en esta tiene que haber algo de inconsistencia, algo de la noción de falta, de ahí la frase de Lacan (1964) “la causa se distingue de lo que hay de determinante en una cadena o

dicho de otra manera, de la ley...solo hay causa de lo que cojea” (p.28-29). Por esto mismo es que si la causa se localiza en algún lugar es a partir de lo que no va, de lo que no anda, podemos entender que se produce en los huecos de la cadena significante.

En estos huecos es donde el sujeto puede aprehender el deseo del Otro y recordemos justamente que no es por casualidad que el objeto pequeño *a* fue denominado como el objeto causa de deseo. No hay que olvidar que somos seres deseantes en tanto cuerpos, no obstante debemos matizar este enunciado, como Lacan (1963) dice:

“Esa parte de nosotros mismos es, esencialmente y por su función parcial. Conviene recordar que es cuerpo, y que nosotros somos objételes, lo cual significa que solo somos objetos del deseo en cuanto cuerpos. El deseo sigue siendo siempre en ultimo termino deseo del cuerpo, deseo del cuerpo del Otro y únicamente deseo de su cuerpo.”(p.233)

No hay mejor manera de ilustrar la cita anterior que con la frase axiomática que intitula este capítulo “Es tu corazón lo que quiero y nada más”. Proposición metafórica amorosa que anuncia el deseo de obtener lo que en lenguaje común llamaríamos, la esencia, el ser o el amor del otro, pero esto no es otra cosa que querer obtener del otro esa parte que nos falta de la carne arrebatada y que creemos ilusoriamente que al recuperarla obturará y velará nuestra hiancia.

Por esto mismo que el deseo es deseo del cuerpo del Otro, en tanto carne, porque lo más propio de nosotros, lo que nos constituye como cuerpos es la carne arrebatada por siempre irrecuperable y cautiva en la máquina formal del lenguaje. Al mismo tiempo este enunciado, representa la demanda del Otro del lenguaje y aquello que impera para que le sea entregado y cedido, que no podía ser otra cosa que la libra de carne próxima al corazón. Esto nos lleva a la cuestión de la elección frente a este imperativo del Otro del lenguaje, que como veremos en los párrafos siguientes se trata de una elección bastante particular, ya que se encuentra del lado de la precipitación, en el doble sentido de la palabra tanto como de anticipación en el tiempo, como de caída.

2.2 La elección subjetiva

Como sabemos el encuentro con el lenguaje es inevitable, no obstante esto nos abre nuevamente a otras cuestiones como la siguiente ¿hay algo de nuestra elección frente a este encuentro? ¿Podríamos no entregar la libra de carne? La respuesta es bastante compleja, trataremos de responder estas cuestiones a partir de lo que se denomina "elección forzosa". Esto se puede entender un poco mejor a partir de los siguientes ejemplos, antes que nada es importante resaltar que aunque sean ejemplos no podemos olvidar la importancia y complejidad que estos acarrearán.

Por un lado, tenemos el famoso enunciado *¡La bolsa o la vida!*, este epígrafe presenta una curiosa alternativa, ya que si se elige la vida, me quedo sin bolsa, es decir una vida cercenada, pero si elijo la bolsa pierdo ambas, no obstante representa la elección libre de morir. Por otro lado, está el siguiente enunciado esgrimido por diferentes grupos revolucionarios, *¡Libertad o muerte!* Este a diferencia del otro enfatiza lo que Lacan (1964) denominó como *factor letal*, debido a que entra en juego la muerte o desaparición, este factor se verá más claramente cuando abordemos las operaciones lógicas. En este caso hay una elección, pero esta ya está implícita en el enunciado, porque en el caso de no poder obtener la libertad, optarían por la muerte y en ambas opciones tengo las dos. Porque teniendo la libertad no hay garantía que no se tenga la muerte, ya que justamente si algo se trata la libertad es del factor mortal y en el otro caso se marca aún más esta vertiente, ya que obteniendo la muerte también se obtiene la libertad. Como vemos en ambos ejemplos hay algo de la dimensión de la hiancia, de la pérdida que se abre a partir de la elección y la muerte que está implícita en las elecciones, no podemos perder de vista estos conceptos ya que nos ayudara a entender ciertos postulados posteriores.

Retomando el tema de la libra de carne, es nuevamente una elección forzada, puesto que entra en la lógica de los ejemplos anteriores. Podría no entregarse la libra de carne, y sería lo que podíamos pensar en la psicosis. Estas de algún modo no permitieron la introducción del significante en el cuerpo, de ahí que se pueda pensar en los fenómenos de fragmentación del cuerpo tan propios de la psicosis.

No obstante, solo nos servimos del ejemplo de la psicosis para ejemplificar el hecho de la elección forzada. Finalmente tanto si se entrega la libra de carne como si no, hay algo de la pérdida en ambas. En una se pierde la libra de carne pero se gana una

regulación del goce y funcionamiento del cuerpo, en la otra se pierde esta ganancia pero te quedas con la libra de carne. Este tema es bastante más complejo, pero el tema de la elección que abordamos nos sirve para entender que la constitución del cuerpo no es naturalista, no es un hecho dado, sino que podría no darse, podría no constituirse el cuerpo.

2.3. Lógica del encuentro del cuerpo y el lenguaje.

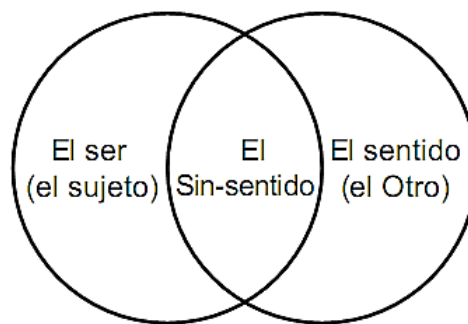
Anteriormente desarrollamos la constitución del cuerpo en el encuentro con el lenguaje, como este creaba el cuerpo mediante la separación del objeto. En este apartado desarrollaremos el encuentro del lenguaje bajo las lógicas de alienación y separación propuestas por Lacan (1964). Estas dan cuenta de cómo el sujeto se posiciona frente al Otro del lenguaje y los significantes que vienen de este, que lo nominan y significan, esto tiene diferentes consecuencias, uno de ellas es el inconsciente.

Como desarrollo y pudimos ver en los ejemplos anteriores las proposiciones son introducidas por un *vel* (disyunción lógica) simbolizado en lenguaje formal con el "o". Debemos distinguir entre el *vel* exclusivo y el *vel* inclusivo. El primero excluye una de las proposiciones, por ejemplo o es x o es y, pero no pueden ser ambas, ya que una disyunción es verdadera cuando ambas proposiciones tienen valores diferentes de verdad, esto quiere decir aunque parezca reiterativo que ambas no pueden ser verdaderas una excluye a la otra como por ejemplo, la puerta está abierta o cerrada. No obstante la lógica del segundo *vel* de la inclusión es otra, ya que solo resulta falso si ambas proposiciones lo son y tendríamos como resultado verdadero si al menos una de las proposiciones lo es, por tanto pueden aparecer como verdaderas ambas proposiciones pues no se excluyen entre sí, como por ejemplo, hay que saber español o portugués, en este caso pueden aparecer ambas habilidades ya que una no excluye a la otra.

Lacan (1962) nos presenta una tercera opción que es el *vel* de la alienación, este fue elaborado a partir de formulaciones lógicas que denomino como Alienación y Separación, trabajadas primero en *Posición del inconsciente* y retomadas en *El seminario II* (1964). La formulación de la alienación es una operación lógica que trata de dar cuenta de la relación y del encuentro del sujeto con el Otro. La lógica del *vel*

alienante es el de la lógica de la unión de la teoría de los conjuntos, es decir que a partir de dos o más conjuntos tenemos como resultado otro conjunto compuesto por los elementos iniciales que pertenecen al menos a uno de los conjuntos. Lo interesante es que en la unión de conjuntos surge también la exclusión, puesto que no se duplica el número de elementos que aparecen en ambos conjuntos. Por esto mismo sin importar cual fuere la elección su resultado será, *ni lo uno, ni lo otro*, la elección se basa en el intento de conservar una de las partes, ya que de cualquier modo la otra parte desaparece de todas formas. Lo que aparece es la dimensión de la falta, ya que en cualquiera de las opciones tendré la pérdida de una porción. Los conjuntos que aparecen en la lógica de la alienación son los siguientes, por un lado tenemos el ser que pertenece al sujeto y del otro lado tenemos el sentido que pertenece al campo del Otro.

Figura 1.



Antes de continuar desarrollando este razonamiento es importante mencionar que todo esto no sería posible sin la dimensión del significante, ya que si entendemos que el Sujeto (el ser) es efecto y resultado de un conjunto de significantes que se le presentan como un enigma a ser descifrado, este no podría existir sin esta dimensión. Además, los significantes aparecen en el campo del Otro, en lado del sentido y a partir de esta particularidad es que se produce la alienación. Lacan (1964) se cuestiona si el sujeto está condenado a solo verse surgir en el campo del Otro. La respuesta es negativa puesto que lo que aparece de un lado como sentido producido por el significante, del otro lado aparece como *afanasis*, en otro lugar, el del inconsciente.

La *afanasis o fading* del sujeto es la desaparición de este bajo la égida del significante, este es el *factor letal* que denominábamos anteriormente, puesto que el sujeto es lo que el significante representa para otro significante. Por esta razón al sujeto no se le habla, el sujeto no habla, el significante habla de él, lo convierte en sujeto

porque antes no era nada. Es interesante remarcar que aunque pudieran parecer dramáticos los términos y la conceptualización de la afanasis son estos movimientos los que le dan estructura y construyen el andamiaje del sujeto, al mismo tiempo que posibilita las operaciones posteriores, porque antes de todo eso, no era nada.

Esto se ilustra mejor con el diagrama de la alienación (figura 1). La lógica de la alienación consiste en que si escogemos el ser, el sujeto desaparece, caería en el sin-sentido puesto que no habría nada que lo nombrase, nada que lo sostenga, por otro lado si escogemos el sentido, el sujeto desaparece, es eclipsado bajo el significante y solo subsiste cercenado de esa porción, inducida por la función del significante, es decir se funda el campo del inconsciente. Esto se produce debido a la función del significante y la cadena. Aunque el sujeto desaparezca bajo el significante este no lo nomina por completo, hay algo que siempre queda fuera, una hiancia que no llega a ser velada, esto es lo que denominamos como inconsciente. Esto mismo pensado bajo la lógica de la teoría de los conjuntos, cuando los conjuntos no tienen elementos comunes, la región de superposición queda vacía, este es el inconsciente, puesto que el sujeto y el Otro no tienen elementos comunes.

De un lado tenemos el sujeto que lo que tiene es el ser, su cuerpo, del otro lado está el Otro que lo que tiene es el sentido, el campo de los significantes y como resultado lo que obtenemos es un vacío con estructura de borde un *vel* alienante. La alienación trata de ese primer apareamiento significativo que nos muestra que el sujeto aparece en el campo del Otro, se trata del significante unario, que representara al sujeto para otro significante y como vemos el efecto no es otro que el *fading* del sujeto. Como el propio Lacan (1962) plantea:

“El significante produciéndose en el lugar del Otro todavía no delimitado, hace surgir allí al sujeto del ser que no tiene todavía la palabra, pero al precio de coagularlo. Lo que había allí listo para hablar... y lo que había allí desaparece por no ser ya más que un significante.”(p.799)

Esta cita trae a colación la noción de alienación y las consecuencias de esto, pero trae algo más interesante aún y es que el Otro todavía no está delimitado, es decir el sujeto aun no reconoce los límites en Otro. Esto lo entenderemos con la segunda operación lógica denominada Separación. Hay que hacer hincapié en la etimología de la palabra, del latín *se-parer*, es decir poner distancia entre las cosas y lo podemos relacionar con *parere*, entendido como engendrar y de donde proviene la palabra parto.

Esta aclaración de Lacan (1964) es para colocar el acento sobre esta operación ya que se trata de que a partir de colocar una distancia, un espacio frente al Otro, surge algo del sujeto en un deslizamiento metonímico.

Antes de desarrollar esta operación haremos un breve inciso para enmarcar la lógica de las dos operaciones que venimos desarrollando, ya que se trata de una circularidad y no así de una linealidad cronológica. La presentamos con cierta secuencia y cierto orden por motivos didácticos, pero se trata más bien de una serie de torsiones y movimientos en una lógica circular. La lógica de la separación corresponde a la noción de intersección, que como recordaremos se trata de una operación de dos o más conjuntos que resulta en otro conjunto que contiene solo los elementos comunes a los conjuntos de partida. En este caso los conjuntos están compuestos por dos faltas, dos carencias, por las cuales solo podríamos tener como resultado de la intersección nuevamente una hiancia.

Entremos con más detalle sobre las faltas que componen nuestros conjuntos, la primera es la resultante de la primera operación, de la alienación y en segundo conjunto tenemos la falta que el sujeto localiza en el Otro, en los intervalos del discurso en los que surge algo de extrañeza cristalizado como el famoso *Che vuoi?* Que se traduce en *me dice eso, pero ¿Qué quiere?* Esto que se abre como enigma a partir de lo que no encaja del discurso del Otro, del deseo del Otro aprehendido por el sujeto en ese trayecto. Esto responde a la lógica de *¿puede perderme?*, esta lógica coloca en cuestión el lugar que se ocupa en el Otro, es la lógica de *¿seré yo lo que falta en el Otro?*, este tipo de cuestiones son encontradas con facilidad en la clínica, donde el sujeto continuamente desafía esta lógica para poder recoger cualquier resto que lo constituya a partir del Otro, cualquier vestigio que muestre que ocupa un lugar en el deseo del Otro.

Como bien sabemos en la experiencia analítica el deseo, el deseo del Otro aparece siempre velado. Por esto mismo al sujeto no le queda más que responder a esta falta con su propia falta, con su propia desaparición, una falta anterior solapa a la otra en un momento posterior. Este hecho y la operación con estas faltas, la intersección construida no puede dar otro resultado que nuevamente otra falta, que lo retorna nuevamente a su punto de partida, al de regreso de la alienación. Es a través de la separación que el sujeto encuentra, la hiancia en la articulación significativa, en la medida en que el deseo no está allí donde se lo espera, es un enigma. Al sujeto para no verse condenado en esa posición sumamente angustiante frente al objeto, no le queda de

otra que desaparecer nuevamente bajo el significante que utilizara como velo que obturara esta hendidura, retornado mediante una torsión al punto inicial de la afanasis.

A partir de estas operaciones tenemos como resultado lo que Lacan (1964) propone es que “toda vez que el deseo hace su lecho del corte significante en el que se efectúa la metonimia, la diacronía (llamada historia) que se ha inscrito en el *fading* retorna a la especie de fijeza que Freud otorga al anhelo inconsciente”(p.795). Es importante remarcar dos puntos importantes que trae a colación la cita anterior, el primero es que el deseo se instaura, “hace su lecho”, en el espacio abierto por el corte significante, es decir en el lugar que dejó la carne arrancada, la zona erógena en torno al objeto *a*. El segundo punto es la construcción de lo que denominamos “historia” se instituye en los movimientos entre el *fading* y la separación, otorgando de este modo el estatuto del inconsciente y constituyéndose de este modo la dialéctica del sujeto.

2.4 El órgano de la falta

Anteriormente hemos hablado de la superposición de las faltas, la primera debida a la que gira en torno a la dialéctica del sujeto en tanto es en el campo del Otro donde tiene que ir a buscar la batería significante. Esta falta remete a otra falta estructural, que es la falta anterior como Lacan (1964) trae “la falta real es lo que pierde el ser viviente, de su porción de viviente, por reproducirse por la vía sexuada...por estar sujeto al sexo, queda sometido a la muerte individual” (p.213). Lo interesante es que somos sexuados en tanto cuerpos y esta falta está constituida por la reproducción por la vía sexuada, quiere decir que precisamos de un otro, de un otro sexo para reproducirnos instituyendo así esta falta estructural. Esto fue trabajado por Freud (1920) a través del mito de Aristófanes del banquete de Platón, esto aparece con as detalle en *Más allá del principio de placer*, aunque ya aparecen algunas referencias en *Tres ensayos de una teoría sexual* (1905).

El mito de Aristófanes trata del origen de la pulsión, de la libido y de la constitución del objeto sexual, aunque el mismo Freud (1920) comenta las duda sobre su convencimiento sobre el mito, no obstante lo que a nosotros nos interesa es la dimensión de la instauración de la falta mediante el corte. Este mito relata como en un momento remoto los seres humanos tenían todo doble; cuatro manos y cuatro pies, dos rostros, dos genitales y así con todas las partes del cuerpo. Zeus el dios del olimpo

decidió dividir a todos los seres humanos en dos partes “como se corta a los membrillos para hacer conserva”, es decir por la mitad. Esta bipartición habría desdoblado al ser natural en dos hemicuerpos. Por tanto cada mitad anhelaba y buscaba a su otra mitad, para así completarse de nuevo. Es interesante mencionar, como el propio Freud (1920) dio cuenta, la existencia de un mito parecido en la literatura hindú, en los *Upanishad*. Lo importante de esto no es colocar en cuestión la originalidad de Platón, sino que enfatiza la cuestión de la falta por la reproducción por la vía sexuada y constituida a partir de un corte, de una pérdida. Por tanto este tema ya fue una incógnita y material para la elaboración de mitos y leyendas en diferentes momentos y culturas, por lo cual es un tema importante y presente para el ser humano.

Lacan (1964) retoma el mito de Aristófanes para crear el suyo propio, que denomino el mito de la laminilla o *lamelle*. Este mito relata como a partir de las membranas del vientre vivíparo del cual nace el feto, al romperse surge y vuela un fantasma (*fantôme*), que será la laminilla. Por tanto al romperse el huevo por un lado tenemos al hombre y por otro lado también surge lo que denominamos la *hommelette*, es un juego de palabras a partir de *homme* (hombre en francés) y *omelette* (tortilla), ya que estas no se pueden hacer sin romper huevos, es decir esta analogía enfatiza la dimensión de pérdida de ruptura o de corte necesaria para una elaboración posterior.

La libido es una especie de gran crepe extraplana que se desplaza como las amebas, es decir que forma prolongaciones similares a tentáculos, conocidos como pseudópodos, que también utiliza para atrapar su alimento. Tiene la capacidad de pasar por los lugares más diversos, es omnisciente por ser llevada por el puro instinto de vida e inmortal por sobrevivir a todas las divisiones debido a su condición de reproducción escípara, se reproduce al dividirse a sí misma. Un ser sin aparato sensorial que se guía por lo real puro y que debido a estas características, puede atacarnos de múltiples maneras imposibles de ser previstas y lo que es más importante, este ente es imposible de ser educado, ni domesticado.

Este mito nos sirve para ilustrar lo que denominamos como la libido, ya que la laminilla es la libido. Esta es definida como un órgano, tanto como parte como instrumento, en tanto que es un instrumento del organismo, es decir responde al funcionamiento de este. Es un órgano irreal en la medida que no es imaginario y por tener esta condición le permite relacionarse con lo real, de ahí que podemos entender que tenga que ser presentado mediante mitos. Como Lacan (1964) define: “la libido es

esa laminilla que desliza el ser del organismo hasta su verdadero límite, que va más allá que el del cuerpo”. (p.806). Es un resto que se sustrae al viviente por estar sometido al ciclo de la reproducción sexual en el cual encuentra sus límites, su propia falta, que justamente van más allá de su cuerpo, tienen que pasar por el Otro. Es equivalente a las formas numerables del objeto *a*, en tanto son elementos de pérdida arrancados al nacer.

La laminilla al ser una superficie tiene un borde y este se inserta en la zona erógena, en uno de los orificios del cuerpo, es decir, en uno de los orificios del cuerpo creados a partir de la carne arrancada y entregada a la máquina formal del lenguaje. Y por tanto en la medida en que estos orificios están vinculados con la abertura y cierre de la hiancia del inconsciente, la libido, la laminilla, enlaza el inconsciente a las pulsiones.

CAPITULO 3

LA IMPERMANENCIA DEL INCONSCIENTE Y EL CIRCUITO PULSIONAL

3.1 Surgir para desaparecer: el inconsciente.

En el capítulo anterior abordamos la lógica de alienación y separación, vimos que como resultado acarrea la instauración de una porción de sin-sentido que denominamos como el inconsciente. Tomamos este concepto para articularlo con lo que anunciamos anteriormente, como aquello impermanente que abre para cerrarse sobre sí mismo en torno a la zona erógena, zona privilegiada en la constitución del cuerpo y en relación con el funcionamiento de la pulsión. Por lo tanto, el inconsciente y la pulsión son posibilidades del lenguaje estrechamente relacionados con el cuerpo. Es necesario realizar un breve recorrido por el concepto del inconsciente del psicoanálisis para establecer y aclarar sobre qué concepto estamos hablando.

El inconsciente es una de las formulaciones más fundamentales de la teoría psicoanalítica inaugurado y establecido por Freud (1915). Es importante resaltar que la idea de lo inconsciente no fue inventada por el psicoanálisis, pero lo que si fue totalmente original fue la conceptualización de este, ya que el inconsciente freudiano nada tiene que ver con cualquiera de las formas llamadas inconscientes que le precedieron, como tampoco a las que fueron coetáneas a su época como el inconsciente jungiano, como lugar de "las divinidades de la noche".

Es importante resaltar que el inconsciente no es un lugar anatómico, no es un fenómeno orgánico, como el propio Freud (1915) indica "nuestra tópica, provisionalmente nada tiene que ver con la anatomía, se refiere a regiones del aparato psíquico y no a localidades anatómicas" (p.170). Esto quiere decir que para él era un concepto que hablaba del funcionamiento de nuestro aparato psíquico, ya no es solo el sujeto cartesiano del pensamiento de la conciencia. A partir de entonces tenemos un sujeto del inconsciente, dominado por fuerzas que desconoce y no tiene control alguno. Puesto que "eso" habla, aparece y emerge; el consciente pierde lo que parecía ser exclusivamente privilegio suyo.

Como muchas de las formulaciones del psicoanálisis, el inconsciente es un concepto forjado sobre el rastro, es decir que fue y es elaborado a partir de los indicios

que se van encontrando en la clínica con los pacientes. Para Freud (1915) no es lo que no tiene atributo de conciencia, es el lugar de los contenidos reprimidos, aunque no todo del inconsciente es lo reprimido, este tan solo representa una parte. Es lo que surge a partir de las diferentes formaciones del inconsciente, el sueño, el chiste, el lapsus, el olvido de nombres propios. El inconsciente es un órgano rudimentario, en tanto instrumento, es algo vivo por la incesante lucha entre el contenido reprimido que se disputa por salir, la censura que evita que esto acontezca y que converge en diversos intercambios que se producen entre los sistemas, a través de diferentes mecanismos.

Como concepto vivo el inconsciente, sufrió diversas elaboraciones a lo largo de su historia, uno de los principales aportes fue conceptualizarlo a partir de la lingüística como Lacan (1964) definió "El inconsciente es los efectos que ejerce la palabra sobre el sujeto, es la dimensión donde el sujeto se determina en el desarrollo de los efectos de la palabra y en consecuencia el inconsciente está estructurado como un lenguaje" (p. 155). El lenguaje se establece así como elemento determinante del inconsciente, como aquello que incide creando y proporcionando un entramado a este, a partir de la diacronía y de la sincronía. La primera se refiere al efecto retroactivo en la estructuración de las frases, como la última palabra cambia y resignifica el sentido de las anteriores, otorgando así el sentido de la frase. La segunda la función sincrónica es la metáfora, mediante la cual los significantes se sostienen por oposición a toda la batería significante, es decir que madre es madre, porque no es padre, tío, hermano y así indefinidamente. El funcionamiento del lenguaje lleva al Otro a fundarse como el lugar de nuestras respuestas, puesto que es en el donde debemos buscar los significantes mediante los cuales nos constituimos y en los movimientos cadenciales que se producen en busca del significante en el Otro, es que aparece el inconsciente.

En posteriores formulaciones Lacan (1964) coloca el inconsciente del lado de lo no-realizado, de lo que aparece como aspecto de tropiezo. Se trata de algo que parece que está a la espera de la aparición de una discontinuidad, en el surgimiento de una vacilación, de la emergencia de algo que no encaja y pareciera que no debería estar ahí. Sin embargo no aparece sobre el telón de fondo de una totalidad, sino que la emergencia, la irrupción hace surgir lo anterior como totalidad. Como Lacan (1964) ejemplifica mediante esta frase; "El grito no se perfila sobre el telón de fondo del silencio, sino que al contrario lo hace surgir como silencio" (p. 29). Justamente solo

podemos decir que habrá habido silencio porque se produjo el grito para irrumpirlo y de esta irrupción es de lo que se trata la dimensión del inconsciente.

A partir del texto *Posición del Inconsciente*, Lacan (1964) establece al analista como parte del concepto del inconsciente, ya que constituye aquello a lo que este se dirige. El inconsciente es lo que decimos y no tiene sentido sino en el campo del Otro. Este surge como describimos anteriormente en forma de tropiezo, de falla, y en tanto es aprehendido por un otro, se configura así su funcionamiento. Esto es la lógica de la paradoja del árbol que cae, expresada de la siguiente manera: ¿Hace ruido el árbol que cae cuando no hay nadie para escucharlo? Este dilema tan frecuentemente esgrimido por muchos filósofos sobre la realidad del mundo y si su existencia es independiente de que alguien lo perciba. Desde mi punto de vista el establecimiento del analista como parte del concepto del inconsciente corresponde a esta lógica, ya que si nadie sanciona y otorga el lugar a ese tropiezo como la aparición del inconsciente, estaríamos hablando de fenómenos de otro orden. Por esto mismo es importante remarcar la relación del inconsciente y el Otro, como condición inherente al concepto de inconsciente.

En el seminario 11 de Lacan (1964) se circunscribe el inconsciente a partir de una dimensión de estructura temporal basada en la evanescencia y cierre del inconsciente. Es lo que se denominó como “función pulsativa del inconsciente”, como característica inherente, de algún modo surge tan solo un instante destinado a desaparecer, en el cierre del inconsciente. La estructura de lo que se cierra se trata de un borde, se trata del inconsciente homologa a una zona erógena con estructura de borde. La abertura y cierre de la hiancia del inconsciente no trata de una separación, sino más bien del establecimiento de una relación, un modo de funcionamiento entre dos dominios, determina la relación entre el sujeto y el Otro. Esto tiene relación con lo que comentábamos anteriormente sobre la libra de carne y como el lenguaje afecta y constituye el cuerpo.

Para explicar el funcionamiento del cierre del inconsciente Lacan (1964) establece el esquema de la *nasa*. Es una metáfora tomada de la pesca, se trata de un artefacto cónico que se va estrechando y que se utiliza para pescar, de modo que la presa entra y no conseguiría más salir



Esquema de la Nasa

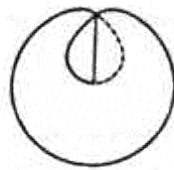
Esto nos sirve para entender el inconsciente como una cosa reservada, cerrada por dentro y tenemos que penetrar por fuera. Por tanto no es importante lo que entra sino lo que sale, si lo consigue. En la estructura de la *nasa* es importante tanto el borde como el agujero, que como Lacan (1964) dice “Podemos concebir el cierre del inconsciente por la incidencia de algo que desempeña el papel de un obturador- el objeto *a* succionado, aspirado, en el orificio de la nasa.” (p.151) Para que se produzca el cierre hay algo que lo obtura, que lo tapona, es el objeto *a*. Sin embargo no hay que olvidar el estatuto de este particular objeto, ya que no se trata de un obturador pasivo. Este obturador es asemejado con el obturador de una cámara fotográfica, que abre y cierra y en este movimiento captura algo dejando pasar algún elemento, en este caso la luz, en nuestro caso el significante.

Si bien el esquema de la nasa se puede deslindar para múltiples interpretaciones, a nosotros nos interesa para ejemplificar la dialéctica mediante la cual se constituye la imagen real en torno al lugar de la falta localizada en el Otro. Pues recordemos que el objeto *a*, es la presencia de un hueco. A partir del cierre del inconsciente al obturarse mediante este objeto, se establece la dialéctica del deseo, puesto que el *a*, es el objeto causa de deseo.

En el capítulo anterior hablamos de la libido, como órgano resultado y resto debido a la condición humana que para la perpetuación de la especie tiene que pasar por la reproducción sexuada. La libido está vinculada con la “pulsación del inconsciente” y por lo tanto la realidad del inconsciente está relacionada con la realidad sexual, como punto nodal está el deseo, puesto que la libido es la presencia del deseo. Este está articulado con la demanda que a su vez tiene que ser vehiculada a través de los significantes y al no completarse, al fallar esta operación, siempre hay un elemento que

cae, es decir se deja un resto metonímico que se desliza bajo ella, que es el deseo. La causa del deseo es el objeto *a*, simplificando bastante es la falta en sí misma.

Nuevamente para ilustrar esto Lacan (1964) se sirve de un esquema de la topología, denominado el ocho interior, este forma parte del *cross-cap* que desarrolló en seminarios anteriores. Es una figura con un borde continuo que deja oculto en un punto por la superficie que despliega para formarse. Tenemos dos campos, uno recubre parcialmente el otro, el primero sería el campo del inconsciente que recubre y oculta al otro que sería la realidad sexual.



Ocho interior – Cross Cap.

Podríamos pensar la libido como el punto de la intersección entre ambos campos, no obstante no es así, no solo teóricamente sino en la figura topológica si la giramos nos daremos cuenta que lo que hay entre ambas es simplemente un vacío, de este modo podemos ilustrar la hiancia como centro del inconsciente. Esta figura ilustra el deseo como lugar que se produce entre el empalme de la demanda, donde se presentifican las hiancias del inconsciente, con la realidad sexual.

3.2 El circuito pulsional

La realidad sexual está presente de forma inevitable para el ser humano, es un elemento constituyente y marcante, que desencadena toda una serie de consecuencias y modos de funcionamiento, uno de ellos es la pulsión. Como sabemos tiene una estrecha relación con el cuerpo y con el objeto *a*. No por nada Freud (1915) lo denominó como concepto límite entre lo psíquico y lo somático. Este concepto es un hecho del lenguaje que parte de la falta estructural del sujeto en relación al lenguaje y a la realidad sexual. Como Lacan (1964) dice:

“Del lado del viviente en cuanto ser apresable en la palabra, en cuanto que no puede nunca finalmente entero advenir, en ese más acá del umbral que no es sin embargo ni dentro ni fuera, no hay acceso al Otro del sexo opuesto, sino por la vía de las pulsiones llamadas parciales, donde el sujeto busca un objeto que le sustituya esa pérdida de vida que es la suya por ser sexuado.” (p. 807)

La pulsión es un mito que da cuenta de algo que funciona en el ser humano a modo de artificio de montaje. Como Freud (1920) lo nombro en *Más allá del principio de placer*, en tanto que se trata de una construcción que viene a encarnar y a organizar algún aspecto del ser humano que incluye algo de la realidad. Posteriormente Lacan (1964) definió la pulsión como una ficción, tomando una de sus frases (1964) en la que enuncia que la verdad tiene estructura de ficción y esto da cuenta que la ficción devela algo de la verdad estructural, no como oculto tras la narración sino que forma parte de la misma, está inserta en ella. La pulsión es una ficción, un artificio que intenta explicar la relación del cuerpo con el aparato psíquico. Una de las definiciones de Freud (1915) para la pulsión fue: “Un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma” (p.117). Es importante recordar que la pulsión es un concepto que aborda la relación y el funcionamiento de ciertos estímulos que provienen del organismo, que afectan e inciden el aparato psíquico.

No se trata de estímulos biológicos; como el hambre o la sed, ni estímulos psíquicos; como la incidencia de la luz en el ojo. Una definición interesante, que nos da un panorama general de la pulsión, es la de Jorge Alemán (2016) que dice que “la pulsión no es el instinto. Es la “parte maldita del instinto”, aquella que el lenguaje enfermó y alteró para siempre.” Esto marca la idea de que algo del funcionamiento en el ser humano no funciona a través de un naturalismo dado *a priori*, sino que fue trastocado y modificado por la intervención del lenguaje. La pulsión es un estímulo del cual no se puede huir, ya que se trata de una fuerza interna constante. Por tanto, al no haber escapatoria, la única forma de aplacar la pulsión es por la vía de la satisfacción.

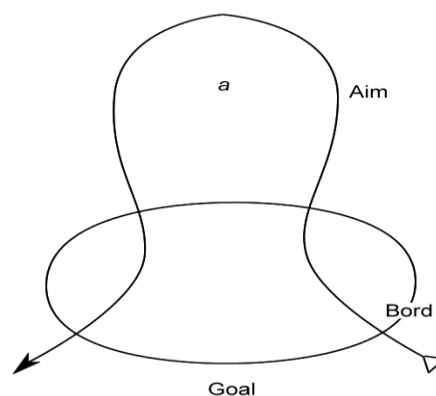
Como Lacan (1964) señala “la pulsión desempeña su papel en el funcionamiento del inconsciente debido a que algo en el aparejo del cuerpo está estructurado de la misma manera, debido a la unidad topológica de las hiancias en cuestión.” (p.188). La topología de las hiancias es la estructura que conforman las zonas erógenas, estos huecos con calidad de borde provienen del acto simbólico de entrega de nuestra carne a la máquina formal del lenguaje que constituye estas zonas privilegias en torno a los orificios del cuerpo. Por un lado estas zonas son erógenas en tanto se excluyen otras zonas, se privilegian ciertas partes en detrimento de las anexas y las conexas. Por lo tanto, si podemos definir zonas privilegiadas a partir de la diferencia, es porque otras no lo son. Las otras zonas pasarían a lo que denominamos zonas de caída o

de desexualización. Por otro lado tienen calidad de borde, porque delimitan, separan dos espacios y permiten el cierre y la abertura, es decir para hablar de hiancia, tiene que estar contornado por un borde que lo crea. Las zonas erógenas van a constituir la fuente (*Quelle*) de la pulsión, lugar que forma la parte somática del circuito pulsional.

El recorrido pulsional se instaura a partir de la constitución de este vacío inaugural que habilita el circuito pulsional sobre el propio cuerpo. Para entender el funcionamiento de la pulsión abordaremos lo que Lacan (1964) denominó como sujeto planificado, entendiendo este último término como superficie plana, que al considerar al sujeto de este modo queda excluido una dimensión interior y otra exterior, por tanto la pulsión no podría ser algo que surge interior al órgano, sino que trataría de un trazado lineal. Algo que sale de un borde, traza su trayecto y retorna, cuya consistencia solo es asegurada por el objeto vacío a ser contorneado. Como vemos esta articulación le llevo a Lacan (1964) a considerar la pulsión de un sujeto acéfalo, sin cabeza, es decir no hay sujeto de la pulsión, no aparece enlazada a ningún sujeto responsable por ella, por tanto la relación con el sujeto es tan solo de comunidad topológica, como superficie plana sede de la pulsión.

La cuestión del circuito pulsional fue abordado a partir de dos términos; el primero es *Aim* que se puede traducir como trayecto, se refiere al recorrido que tiene que ser transitado para que la pulsión se satisfaga. El segundo es *Goal* que se refiere a la meta, pero no es el objetivo en sí mismo, sino el hecho o el acto de marcar el punto a ser alcanzado. Por esto mismo la pulsión puede satisfacerse sin haber alcanzado la meta, ya que su meta es regresar formando un circuito y se satisface en el trayecto (*Aim*) bordeando el objeto *a*. La meta *Goal* corresponde tanto al punto de partida como de llegada, se trata de un borde que contiene un vacío, es la zona erógena. (Ver Figura 1).

Figura 1



Lo fundamental de cada pulsión es el vaivén con que se estructura, lo más importante es su carácter circular. Ya que una de las características de las pulsiones, es que siempre son pulsiones parciales, debido a su modo de satisfacción es que se constituye su parcialidad, porque si bien se satisfacen en el recorrido no podemos decir que se satisfagan por completo, siempre queda un resto y esto es lo que lleva a la repetición, puesto que al no haber objeto, nunca se satisfará en su totalidad y se verán condenadas a una insistencia en pro de una satisfacción que aunque parcial, es una satisfacción. Como sabemos el objeto (*Objekt*) de la pulsión es lo más variable de la pulsión, no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina solo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción, el objeto es el objeto pequeño *a*. No hay que confundirlo con aquello sobre lo cual se cierra la pulsión, que sería el propio cuerpo, ni con el origen de la pulsión. Es importante resaltar que el objeto se crea durante el recorrido, al ser contorneado y la pulsión cerrarse sobre sí misma es que emerge el objeto. El objeto pequeño *a* es el que suple la imposibilidad de objeto de satisfacción, lo interesante es que al no haber objeto alguno que satisfaga la pulsión, esta no podría ser satisfecha, a menos que se realice contorneando este sempiterno objeto faltante.

Lacan (1964) coloca el ejemplo de la boca y la satisfacción oral, que aunque la boca quede saciada, no se satisface con la comida, en la cual el objeto *a* se presenta porque no hay alimento alguno que la satisfaga, entonces la pulsión se realiza con la satisfacción de la boca en sí misma. Recordemos que la meta (*Ziel*) de la pulsión es la satisfacción. Como Freud (1915) indico que “la satisfacción de la pulsión es llegar a su meta y solo puede alcanzarse mediante una modificación apropiada a la meta” (p.114), es decir que se satisfaga de algún modo la fuente interior del estímulo. Por un lado tendríamos que la meta ultima de la pulsión permanecería invariable y lo que variaría son los diversos caminos que llevarían hasta ella, es decir que la meta siempre sería la satisfacción y solo variaría el modo de realizarla.

Esto quiere decir que la satisfacción es algo que se produce en la misma zona mediante un movimiento y un recorrido, como apuntábamos anteriormente. Para la satisfacción el sujeto “pasa entre dos murallas de imposible” (Lacan, 1964, p. 174). La primera muralla es la de la satisfacción paradójica del neurótico, que allí donde ese algo

se satisface es en el lugar donde el sujeto “pena de más¹”, esto quiere decir que se satisface mediante algo que iría en contra de aquello que *a priori* sería satisfactorio. Por lo tanto da como resultado un sistema donde todo se acomoda y que de algún modo u otro siempre se alcanza su propio tipo de satisfacción, es decir siempre se cumple con lo que “ese” algo exige. La segunda muralla es la de lo imposible, en tanto lo real aparece como obstáculo al principio de placer. A nivel básico entendemos el principio de placer como la actividad del aparato psíquico que tiene por objetivo evitar el displacer y procurando así el placer. No obstante esta función es alucinatoria, puesto que al encontrar la pulsión su objeto, se sabe que no es por ese objeto que se satisface. Aquí es donde aparece la dimensión de lo real, puesto que no hay ningún objeto que satisfaga la pulsión, esto es la dimensión imposible del principio de placer.

Tenemos que pensar la pulsión como una fuerza o presión constante (*Drang*), que es la exigencia de trabajo, es el factor motor de la tendencia a la descarga. Podemos hacer una analogía, para entender cómo funciona esta presión, con la energía potencial. La definimos como la energía almacenada en un sistema, que se mide en la capacidad que tiene dicho sistema para realizar un trabajo en función de su posición o configuración. Es decir, se trata de una posibilidad de acción de ejercer una fuerza dependiendo de sus condiciones previas o características propias. La pulsión tiene esta característica, se regula por sus propias leyes y debido a su empuje constante no se puede asemejar a las funciones biológicas, ya que estas sí responden a cierta cadencia o ritmo marcadas por el funcionamiento orgánico. Como claramente especifico Freud (1915) la pulsión no tiene ni noche ni día, ni primavera ni otoño, ni alzas ni bajas es una fuerza constante.

Como expusimos anteriormente establecimos diferentes tipos de pulsiones en función de su lugar de origen y objeto, como la pulsión oral, anal, escópica e invocante. No obstante no hay ninguna relación de paso entre una pulsión parcial y las otras, no se trata de un circuito en espiral entre unos estadios y los otros. Como por ejemplo como Lacan (1964) indica “el paso de la pulsión oral a la pulsión anal no es el producto de un proceso de maduración, es el producto de la intervención de algo que no pertenece al campo de la pulsión – la intervención, la inversión de la demanda del Otro” (p.187). Por tanto, las pulsiones aunque parciales y separadas, estas también forman parte de un todo, pero que trabajan de manera descoordinada. Es decir funcionan al principio de un

¹ FR : Trop de mal

modo independiente, para posteriormente unirse en diferentes organizaciones libidinales. Las zonas erógenas son las que organizan la libido y constituyen la fuente en el cuerpo de la pulsión, la cual se satisface bordeando un objeto que fue denominado como objeto *a*. Este particular objeto presenta diferentes formas según el resto producido por el corte significante en lo real del cuerpo.

CAPITULO 4

LAS CINCO FORMAS DEL OBJETO *a*

El cuerpo que venimos perfilando es el de las zonas erógenas, es el cuerpo que Freud (1905) trajo en “*Tres ensayos de una teoría sexual*”, cuerpo constituido a partir de la estructura topológica de borde. Es importante mencionar que no se trata de una diferenciación entre dentro y fuera de un borde, la zona erógena no es simplemente una zona de paso de dentro y fuera. El funcionamiento es análogo a una banda de moebius, por lo tanto es algo bastante más complejo, ya que esta solo tiene una cara y no hay diferenciación clara de dentro y fuera.

Como vimos anteriormente el cuerpo es el resultado de una operación que dejó un resto con unas características determinadas en función del lugar donde fue extraído y como se produjo el corte simbólico. Como Lacan (1963) enuncio “la parte de nuestra carne es el objeto perdido en los distintos niveles de la experiencia corporal donde se produce su corte, él es el soporte, el sustrato autentico, de toda función de la causa” (p.233). La noción de causa ya fue trabajada anteriormente, lo que nos interesa es la dimensión de corte que funda la experiencia corporal. A partir de esto entendemos cómo se puede llegar a la conformación de las cinco formas del objeto *a*. Estas son denominadas como formas en la medida que son diferentes formas de pérdida a partir de la experiencia de angustia, que responde a la lógica de los esquemas de la división del sujeto.

Este capítulo es un relato de la constitución y del funcionamiento del cuerpo como una libra de carne atrapada en la máquina formal del lenguaje. Es la constitución de una lógica de funcionamiento basada en la perdida que crea una falta que permite una articulación del cuerpo muy particular, a partir del encuentro y mediación del Otro del lenguaje que interviene en las diferentes zonas de la experiencia corporal. Estas zonas privilegiadas están relacionadas con la falta y constituidas a partir de la separación del objeto *a* que se separó como órgano cortado, órgano en tanto parte que desempeña una función diferenciada.

Para enfatizar la dimensión del corte, lo ejemplificaremos con la mítica frase de Freud (1924) “La anatomía es el destino”, enunciado que parafraseo de Napoleón y que posteriormente Lacan (1963) retomó e indicó que sin ninguna precisión más, la frase

estaría equivocada y la enfatizó en la dimensión de corte. Tomó la frase en el sentido más etimológico, *ana-tomia*, palabra de origen griego *ana*, (parte) y *tome* (corte), que pone de relieve dicha función de esta palabra. Esta sección sobreviene sobre el propio cuerpo, se trata de una *separtición*, es decir una partición en el interior, la cual determinara el funcionamiento de estas partes. ¿Y por qué es el destino? Por un lado es el destino en la medida que es inevitable que se produzca este incidente, que se origine esta caída del objeto *a* como un pedazo del cuerpo. El lenguaje está ahí y son ineludibles las consecuencias de este sobre el cuerpo, así como las incidencias y marcas que dejara a su paso. Por otro lado, es el destino en la relación del hombre con la función del deseo, que a partir de entonces estará instaurado y vehiculado por el lenguaje.

La conformación de las cinco formas de objeto *a*, responde a la realidad de ciertos hechos anatómicos, no obstante es importante señalar que no se reducen a cinco, sino que son cinco las partes privilegiadas y relacionadas a cierta falta en particular. Lacan (1963) señaló los diferentes hechos anatómicos que afectan privilegiando estas zonas:

“La constitución mamífera, el funcionamiento fálico del órgano copulatorio, la plasticidad de la laringe humana frente a la huella fonemática y, desde el valor anticipatorio de la imagen especular, hasta la pre-maturación neonatal del sistema nervioso...adquieren para el hombre su valor de destino” (p.319).

Es importante mencionar que estos hechos orgánicos son importantes, en tanto que son factores que posibilitan el intercambio vital entre un organismo y el medio; no obstante hay que añadir un elemento más, el lenguaje. Por tanto ya son hechos de otro orden totalmente distinto, ya no se reducen a meras zonas privilegiadas de intercambio o de satisfacción de necesidades vitales. Al estar trastocadas con el lenguaje se producen una serie de cortes que dan como resultados ciertos objetos, que Lacan (1963) denominó y ordenó como las formas de objeto *a* con la función simbólica del menos *fi* ($-\phi$).

Este acontecimiento tiene como producción las cinco formas del objeto *a* en torno a la experiencia de angustia, y fueron conformados a partir de los tres objetos freudianos, el objeto oral, el objeto anal y el objeto fálico, formulados en torno a la organización libidinal, a los cuales Lacan (1963) posteriormente añadió la mirada y la voz. Estos objetos son categorizados como objetos parciales, no en sí mismo, sino en

tanto representan parcialmente al objeto. Estos se desprendieron, como vimos en capítulos anteriores, de los orificios naturales con calidad de borde que son: la boca, el ano, los ojos, los oídos y que constituyeron lo que denominamos como las cinco formas del objeto *a*.

Para introducir una de las características del objeto *a* en relación a la experiencia corporal, Lacan (1964) se sirvió de la placenta. El ser humano durante el embarazo está contenido por una serie de envolturas que forman parte de sí mismo y que en el momento del nacimiento se produce un corte que permitirá el advenimiento del neonato. Es importante quedarnos con esta imagen que traemos, ya que ilustra muy bien cómo se producen los objetos *a*, mediante el corte en el cuerpo y como consecuencia algo que surge a partir de eso.

Uno de los órganos que forman parte de las envolturas es la placenta, este es un órgano efímero, propio de los mamíferos, de vital importancia ya que es el intermediario entre la madre y el feto. *Esta* satisface todas las necesidades fundamentales del feto durante el embarazo, como la alimentación, respiración y secreción. La placenta se crea cuando la madre está embarazada y está conectada al bebé hasta su nacimiento. Para posteriormente ser separado de dicho órgano, el cual quedara como el resto de esa operación. Lo más importante de este órgano por un lado es que es un objeto que no pertenece ni al niño ni a la madre, ocupa un lugar intermedio entre ambos, es decir es un objeto amboceptor.

Por otro lado, su relevancia viene dada por su extrema función vital en un determinado momento, pero que después una vez acabada su función es separada tanto del cuerpo de la madre como del niño, y queda como un resto. No obstante, no es cualquier resto, sino que adquiere todo un valor simbólico, esto se refleja muy bien con todos los usos que se hacen de este objeto, como por ejemplo en diferentes culturas aparece lo que se denomina como la placentofagia y en tantas otras lo que aparece es el entierro del órgano. Si bien en la cultura occidental no es tan común este tipo de prácticas, cada vez más están adquiriendo mayor presencia en determinadas ideologías y pensamientos. Esto nos permite demarcar esta característica del objeto *a* en su dimensión de corte, resto y valor que puede adquirir, en el cual este surge y nos servirá como referencia para el entendimiento de los otros objetos.

4.1 El objeto oral

El primero objeto que Lacan (1963) nos propone es el objeto oral. Para comenzar diremos que se funda en un hecho biológico basado en la subsistencia del ser humano, que como mamíferos se establece una relación parasitaria del niño con la madre, y esto comienza desde la formación del embrión hasta los primeros años de vida. El seno materno aparecerá como el objeto de vital importancia mediante el cual el infante deberá alimentarse. Por eso este hecho fundamental marcará la relación inicial entre el niño y la madre, mediada por el pecho.

Por un lado tenemos al niño cuya satisfacción en ese momento está centrada en la boca, principalmente en los labios que contorna así un orificio con calidad de borde, como dijimos anteriormente esto una característica esencial para las zonas erógenas. Hay otros elementos orgánicos que también participan de la lactancia como son los dientes primarios, en tanto dientes de leche debido a su función. Además, aparece otro elemento principal que sería la lengua, sin la cual la succión no sería posible, ya que permite crear un vacío que produce la succión propiamente dicha.

Por otro lado está el pecho materno, que aunque adherido al cuerpo de la madre, en ese momento pertenece al niño, se trata de una prolongación de él mismo. Aquí es donde se puede vislumbrar la característica amboceptora de este objeto y también cierta analogía entre el destete oral y el nacimiento, que ilustrábamos anteriormente mediante la placenta. Este claramente se ve ejemplificado con el seno materno, ya que realmente no pertenece al niño y en el momento de la lactancia tampoco pertenece a la madre, puesto que como función orgánica está destinada exclusivamente a la nutrición del bebe. Hay un punto importante a resaltar, y es que el infante desconoce que el desconoce los límites de su cuerpo y del cuerpo del otro, por esto mismo no sabe que él está adherido al pecho de la madre, que no le pertenece. Como Lacan (1963) indica:

“El infante no sabe y no puede saber hasta qué punto el mismo es aquel ser adosado al pecho de la madre como bajo la forma del seno, tras haber sido el parásito que hundía sus vellosidades en la mucosa uterina como placenta. No sabe, no puede saber que el seno, la placenta, es la realidad del límite de *a* respecto al Otro. Cree que *a* es el Otro, y que cuando se ocupa de *a* a lo que se enfrenta es al Otro, a la madre.” (p.325).

Tener clara esta dimensión es fundamental, ya que el hecho que el niño localice el límite de *a* respecto al Otro, es decir la castración del Otro. En el momento que tenga que enfrentarse al otro como alteridad, la madre, es lo que va a precipitar la posterior caída y constitución del objeto.

Es importante señalar que la separación no es entre el pecho y la madre, el corte no incide ahí, puesto que para el niño este objeto no pertenece al otro. No es de modo alguno como indica la teoría Kleiniana sobre el fantasma de partición del cuerpo de la madre, en la cual postulaba que hay un deseo de destrucción del cuerpo materno con el fin de apropiarse de sus órganos y como resultado suscitaba una angustia primaria por el deseo de agredirla. La separación es entre el infante y el pecho materno, y este hecho es correlativo de la angustia y la conformación del objeto de deseo. El momento de la separación no es causada por la “nostalgia” del seno por el hecho de ser considerado símbolo de los cuidados maternos que brindaban alimento y afecto tan vital en ese momento para el niño. La lógica se basa en el valor que representa anticipadamente la castración, reside en el momento del destete en la pérdida del objeto.

Para caracterizar aún más este hecho, Lacan (1963) lo ejemplifica a través del cuadro de Zurbarán (1633) “Santa Ágata”, en el cual aparece la santa con sus pechos “servidos en bandeja”, con toda la connotación en relación al deseo que esta frase metafórica tiene. La angustia no es que esos pechos aparezcan separados o hayan sido cercenados, sino que radica en la imposibilidad de unión que esto representa. Pensemos en la imagen de Edipo con los ojos arrancados yaciendo en el suelo, la angustia no aparece en la automutilación, sino en la imposibilidad de recuperar la visión que representan los órganos esparcidos por el suelo. A partir de ese momento esos ojos no dejarán de mirar, estarán presentes más que nunca para Edipo, estarán presentes por su ausencia, estarán coagulados en aquello que vieron y nunca más volverán a ver.

Como indicábamos en capítulos anteriores, el objeto cae del sujeto en relación con su deseo, a partir de que se franquea la angustia, se constituye el deseo por la pérdida del objeto. Por esto mismo en resumidas cuentas una vez llegada la hora del destete, el corte, la separación, como indicamos anteriormente no se produce en la madre sino en el niño, ya que la mama es un objeto que aparece como separado de esta. El niño mantiene una posición parasitaria con la madre, mantiene una relación sumamente estrecha con el seno, puesto que a partir de este se alimenta y encuentra una

gran satisfacción, para pasar a un segundo momento en el cual va a perder y va a ser separado de este importante objeto, marcando de este modo, la castración.

Inevitablemente la lactancia humana nos remite a una de las fantasías creadas por el ser humano, que es la imagen del vampiro, como criatura que se alimenta mordiendo a otros seres para subsistir. Esta imagen nos sirve para demarcar la importancia vital de la madre para el niño, pero también para ilustrar la angustia que suscita la relación oral entre ambos. Como Lacan (1963) señala “la imagen fantasmática del vampiro, que no es soñado por la imaginación humana sino como un modo de fusión o desustracción primera en el origen mismo de la vida, donde el sujeto agresor puede encontrar la fuente de su goce” (p.258) Un punto importante es el del goce, ya que inicialmente el seno materno es fuente del goce, por eso el corte, supone una pérdida de goce, y lleva al surgimiento del objeto *a*.

Debemos delimitar aún más la cuestión sobre la angustia, como indica Lacan (1963) situando el punto de angustia en el Otro, en el cuerpo de la madre. En primer lugar, porque aparece un temor en el infante ante la posibilidad de agotamiento o vaciamiento del pecho, y por tanto no es algo que pase por el niño de modo alguno sino que depende de un otro. En segundo lugar, y más importante es porque el niño se desprende del seno materno como si fuese algo que le pertenece, esto es de suma importancia ya que al colocar el pecho como algo propio, como una extensión de él mismo, solo entonces puede devenir como objeto *a*, como algo que le fue arrebatado, como un objeto que cae. El cuerpo pierde un goce ante la aparición de la angustia, no obstante se constituye el objeto oral como causa del deseo.

A partir de ese momento de separación es que el objeto oral adquiere su valor agalmático, que llevara al sujeto a un desplazamiento metonímico en pro de un objeto que supla el objeto perdido y en busca de una satisfacción oral perdida. Es importante mencionar que aunque pudiera parecer una relación naturalista, no es eso de lo que trata. Lacan (1963) planteó que dicha relación puede ser sustituida por otros artificios u otras circunstancias, como pudiera ser el uso del biberón, leche de fórmula o cualquier otro tipo de elementos artificiales. De lo que trata es de una pérdida en el nivel de la satisfacción oral, de una extracción y de una posterior caída y como resultado un resto constituido en una falta que devendrá como objeto causa de deseo.

4.2 El objeto anal

El segundo de los objetos es el objeto anal. Adentrándonos en el terreno de lo escatológico, vemos que tiene cierta relación con el excremento, pero como veremos más adelante es algo que está bastante más allá de esto. El escíballo está allí desde el comienzo, es la consecuencia inevitable del funcionamiento biológico de nuestro organismo, es el resultado y resto de todo un proceso complejo, el de la alimentación. Pero una de las consecuencias que apareció para Lacan (1963) era sobre el por qué el excremento desempeña un papel tan fundamental en la subjetividad humana.

En general en el mundo animal no aparece mucho interés por el escíballo, por motivos biológicos, nos interesamos más por lo que entra que por lo que sale, es decir nos interesamos más en lo que ingerimos, que sea nutritivo y *a priori* no sea dañino. La importancia de este desecho en la subjetividad humana viene dada porque es un objeto que puede ocupar el lugar del *a*. Antes de proseguir con el desarrollo es importante señalar que el escíballo no funge como efecto, sino como causa.

El objeto anal es la demanda educativa por excelencia y con frecuencia “el buen funcionamiento” de este es gran motivo de preocupación para el ser humano, ya que si no funciona correctamente traería serios problemas para el organismo. Una de las variadas tareas que el niño tiene que aprender es el control de esfínteres, ya que para comenzar es uno de los requisitos fundamentales para entrar en la cultura. Por esto mismo esta enseñanza se lleva como una ardua tarea que los progenitores suelen tomarse seriamente.

El objeto anal entra en juego a partir de la demanda del Otro, usualmente representada por la madre, la cual suele ser la principal encargada de la manutención y cuidados del niño. Todo el despliegue “educacional” para el control de esfínteres que realizan los padres se basa en la lógica básica de demandar e imperar al niño para que “retenga”, y cuando el niño consigue realizar tan ardua tarea, por un instante la demanda del otro queda aparentemente satisfecha, para pasar al segundo momento en el cual se le indica que lo “suelte” en el momento y lugar indicado. A partir de esta lógica de retener y liberar es que se origina el dilema del asunto, como una operación que no termina de encajar. Primeramente porque vemos que se trata de la dimensión de un objeto amboceptor, ya que es un objeto que pudiera formar parte del cuerpo del niño, aunque sea momentáneamente, pero al mismo tiempo no lo es, se trata de un objeto al cual no

debe alienarse. En tanto debe ser entregado a un otro que lo demanda y desea, se convierte en un motivo de gran atención y sino se produce de mucha preocupación

Una vez producido el escíballo, satisfecha la demanda inicial del otro, el objeto es admirado y loado, esto se ve claramente ejemplificado por las escenas de júbilo protagonizadas generalmente por abuelas y madres, sin olvidarnos de todo el valor erógeno que tiene la limpieza y cuidados post-defécales. Podemos localizar el valor agalmático que adquiere tal objeto, en tanto despierta júbilo y admiración. Tal y como indica Lacan (1963) “el ágalmá solo es concebible en su relación con el falo, con su ausencia, con la angustia fálica en cuanto tal” (p. 325), esto quiere decir que el objeto anal ocupa el lugar del objeto *a*, puede ser un objeto agalmático en tanto simboliza la castración, la falta en sí mismo.

El objeto anal como $(-\phi)$ aparece a partir del segundo tiempo donde este mismo objeto es repudiado por este mismo otro que lo celebraba y pasa a ser arrojado como el más vulgar de los desechos, adquiriendo el estatuto de desperdicio, de resto. Como vemos perfectamente ilustrado es a partir de la demanda del Otro que se abre la dimensión de la pérdida, en tanto es un objeto que es deseado, al cual se le otorga un valor, para rápidamente perderlo y ser desechado y quedar en mera calidad de resto, y es a partir de este momento que aparece la castración y se abre la dimensión del objeto *a*.

El objeto anal tiene una característica particular, como vimos ejemplificado anteriormente, es un objeto de intercambio con el Otro y está íntimamente relacionado con la lógica de la neurosis obsesiva. Es un objeto relacionado con la dádiva basada en los actos sociales, de entrega, deuda y falta mediada por la demanda del Otro. Freud (1918) ya había deparado en la incidencia del objeto anal en el intercambio social, en *historia de una neurosis infantil* trata el famoso caso del hombre de los lobos, donde marco los diferentes momentos de la relación del paciente con el dinero y realizando una articulación con las heces, en tanto objeto de retención y posterior liberación.

Lo más curioso del dinero es que el objeto de intercambio que más circula en la sociedad actual, por esto mismo es una curiosa relación establecida entre ambos objetos. Por un lado, el símil se basa en que son objetos deseados en algún momento y cuyo estatuto no es otro que ser objetos de intercambio. Por otro lado, ambos objetos adquieren un valor simbólico a partir de un Otro social que determina que ese objeto

tiene un determinado valor, y si pensamos que la función primaria del dinero no es otra más que ser usado, solo adquiere su función cuando es utilizado, cedido a un otro. Fuera del uso y del valor social, no es más que un objeto sin valor y de desecho.

Anteriormente Freud (1908) ya había trabajado esta articulación entre las heces y el dinero, en el texto *Carácter y erotismo anal*. En el cual trae el valor del ano como zona erógena y la relación del excremento con el oro a nivel social y cultural. Coloca al oro como el objeto más valioso que conocemos en contraposición con las heces que sería el de menor valor, pero que aun así guardan una íntima relación entre ambos. Lo importante de todo esto es el énfasis que da al desplazamiento del valor erótico de las heces para ser sustituido por el dinero, por otro objeto:

“En el neurótico. Como ya sabemos, el interés originariamente erótico por la defecación está destinado a extinguirse en la madurez; en efecto, en esta época el interés por el dinero emerge como un interés nuevo, inexistente en la infancia; ello facilita que la anterior aspiración, en vías de perder su meta, sea conducida a la nueva meta emergente”. (p.158)

Vemos claramente ejemplificado como la teoría freudiana marca una pérdida, algo que se extingue, algo que el niño renuncia para que pueda ser modificada la meta. A partir de ese momento posibilita la emergencia de otros objetos sustitutivos. Traemos a colación la relación del dinero y las heces porque nos sirve para marcar y ejemplificar, que el objeto anal no es exclusivamente el escíballo. El objeto anal se basa en la dimensión fundante de la pérdida a partir de la renuncia simbólica del escíballo y lo que encontraremos serán sus símiles en múltiples objetos a lo largo de la vida, que estarán relacionados con el intercambio de objetos a partir de la demanda. Como vemos posteriormente Lacan (1964) amplía la conceptualización que ya podíamos encontrar en la teoría freudiana, y nos plantea que:

“El nivel anal es el lugar de la metáfora -un objeto por otro, dar las heces en lugar del falo. Perciben así por qué la pulsión anal es el dominio de la oblatividad, del don y del regalo. Cuando uno no tiene con que, cuando, a causa de la falta, no puede dar lo que hay que dar, siempre existe el recurso de dar otra cosa” (p. 110)

Finalmente el deslizamiento metonímico en torno a los objetos, ya que en resumidas cuentas nadie tiene el falo, es decir todo estamos en falta. Como no podemos dar lo que completaría al otro, le damos cualquier otra cosa. Es el dominio de la

oblatividad, porque como las ofrendas que se hacen a dios, siempre se hacen esperando algo de vuelta. La dialéctica del objeto anal se basa en lo que no se puede dar y en su lugar se da otra cosa, exactamente cualquier cosa.

4.3 El objeto voz

La siguiente forma del objeto *a* es el objeto voz. Este objeto fue un aporte original de Lacan (1963) a los objetos clásicos freudianos. Hay que aclarar que el objeto voz no es de modo alguno el instrumento sonoro de la voz humana, puesto que hay una esquizia, una separación entre la voz y la sonoridad de la misma. Es importante resaltar este hecho, puesto que gran parte de lo que recibimos del Otro es a través de la vocalización, de la voz, pero como indicamos anteriormente no es de una simple sonoridad de lo que se trata, sino que es algo bastante más elaborado.

A nivel orgánico tendremos que situar el objeto en el oído, nuevamente es una zona erógena con calidad de borde, pero en esta ocasión hay una diferencia esencial en esta zona, respecto a las otras, y es que es la única que no se puede cerrar. Este hecho se debe a que su orificio por su fisionomía no permite el cierre, no obstante, este hecho no quiere decir que la dimensión de cierre no aparezca. Para ejemplificar este hecho no tenemos que irnos muy lejos, simplemente recurriremos a la sabiduría popular a partir de la frase “no hay más sordo que él no quiere oír”. Este enunciado da cuenta de cómo a partir de la imposibilidad de un hecho anatómico se produce el cierre, en virtud de que hay algo que no siempre acontece y es la escucha.

Con esto estamos demarcando la dimensión subjetiva de este hecho, ya que uno de los elementos que inciden en la constitución de este objeto es que cuando escuchamos también se habla. Como Lacan (1972) planteo en el discurso de Milán dice que “Lo que se dice como hecho queda olvidado detrás de lo que se dice que se espera²” (p. 7) Esta frase hace alusión a cómo el dicho queda olvidado detrás de lo que el sujeto espera oír y finalmente oye, ya que no se trata puramente de la audición, sino que hay una intermediación y es la del lenguaje en la escucha. Y por tanto hay siempre una sanción e interpretación subjetiva de los ecos de la voz del otro que se oye y esto tendrá consecuencias, que veremos a continuación.

² En Frances : Qu'on dise comme fait reste oublié derrière ce qui est dit dans ce qui s'entend.

En primer lugar veamos esta vocalización de un modo instrumental, por un lado, el ser humano puede producir la voz gracias al aparato resonador y fonador, estos son una serie de cavidades y de mecanismos que vibran al pasar el aire y que dan como resultado la voz. Por otro lado, tenemos el oído, especialmente el caracol, que es un sistema de tubos que capta las vibraciones del sonido y las transforma en impulsos nerviosos. Si traemos a colación todo el funcionamiento anatómico y fisiológico es para dar cuenta como en ambos sistemas lo que está implicado es una serie de elementos que se articulan en torno a un vacío y la resonancia que se puede producir a partir de este.

Este funcionamiento es ilustrado por Lacan (1963) a través de un animal llamado dafnia. Este curioso y diminuto crustáceo que habita en ambientes acuáticos, tiene un ventrículo vacío, el cual en cierto momento de su metamorfosis abre para introducir pequeños granos de arena desde el exterior, que le servirán para mantener el equilibrio. La voz no es algo que se asimila sino es que se incorpora, es decir que hace cuerpo a partir de la introducción desde el exterior y a partir de ese momento es que adquiere su función. Para que esto se produzca tiene que abrirse una pérdida, tiene que crearse una estructura de vacío, para que la voz metafóricamente pueda resonar. Es decir, solamente a partir del momento en el que el vacío constituido por la separación del objeto a partir del Otro, es que puede resonar la voz. Son los significantes del Otro que resuenan en el vacío del sujeto. La voz, nuevamente podemos situarla como un objeto amboceptor, no pertenece al sujeto ni al Otro. A quien le pertenecería inicialmente sería al que la emite, pero es un objeto del cual se desprende y aquel que la toma hace suya la voz ajena, como Lacan (1963) señala, “separada de nosotros, nuestra voz se nos manifiesta como un sonido ajeno. Corresponde a la estructura del Otro constituir cierto vacío, el vacío de su falta de garantía. (p.298)

Para abordar la característica exterior de la voz Lacan (1963) se sirvió de un instrumento ritual de los judíos llamado *shofar* traído a partir del estudio de Theodor Reik (1926) sobre los rituales. Este objeto nos servirá para ejemplificar la función del *a* como resto, como un elemento resonador que comentábamos anteriormente y que como Lacan (1963) indica “es un objeto que servirá de eje para substantificar la función del *a*, donde nos permite revelar la función de sustentación que vincula al deseo con la angustia – va más allá que la ocultación de la angustia en el deseo vinculado al Otro-.” (p.265). Este particular instrumento está hecho a partir del cuerno de cualquier animal

(*kosher*), aunque comúnmente suele ser de carnero. Este cuerno al ser soplado emite un sonido y es utilizado para grandes ocasiones, tanto bélicas como litúrgicas y sirve para recordar, recordar eventos importantes. El *shofar* aparece en diversos eventos bíblicos del pueblo de Israel y que guardan cierta relación con la instauración de la ley, como por ejemplo el pacto de la alianza, que fue el diálogo entre Moisés y Dios, en el monte Sinaí.

Lacan (1963) se sirvió de este objeto ritual judío por ser representante de la cultura occidental y de las tradiciones que nos precedieron. Aunque podía haber utilizado cualquier otro instrumento ritual de cualquier cultura. Lo importante es que este objeto ritual nos permite situar la voz como objeto separado, en primer lugar separado del sujeto, pues donde aparece es en el Otro y en segundo lugar de la sonoridad, pues de lo que se trata es de una voz áfona. Justamente la utilización del *shofar* no se trata del sonido que emite sino a lo que remite, es lo que rememora, son las remembranzas que trae. El objeto *a* se presenta como un objeto externo, son los ecos de la voz del Otro, las voces extraviadas.

Toda esta operación es lo que señalábamos antes que ejemplificaba el *shofar* como soporte del objeto *a*, que vincula deseo con angustia. Es a partir de la articulación de estos elementos que se produce la separación del objeto *a* en relación a la palabra. Como Lacan (1963) indica:

“La comunicación en cuanto tal no es lo que es primitivo, puesto que en el origen *S* no tiene nada que comunicar, por la razón de que todos los instrumentos de la comunicación están al otro lado, en el campo del Otro, y de él tiene que recibirlos. La primera emergencia, no es más un ¿Quién soy? Inconsciente – puesto que es in formulable – al que responde, antes de que se formule, un *Tú eres*. Es decir, el sujeto recibe ante todo su propio mensaje bajo una forma invertida”. (p.294).

La separación del objeto *a* se basa en la dialéctica entre el pasaje de la angustia al deseo. Ese *Tú eres* que se formula es un intento de responder la primera emergencia ¿Quién soy?, no obstante es sin atributo, es decir es una mensaje interrumpido, pero justamente por faltar, por fallar es que retornara como un real que existe en el lenguaje. Esta hiancia que se produce, lleva particularmente al objeto voz a situarse a nivel de la dialéctica del deseo y no de la demanda, como los objetos anteriores.

Uno de los principales vehículos del lenguaje, es la palabra articulada a través de la voz. Lo que resuena en el sujeto son las voces del Otro, que fundan su propio deseo. Este enunciado nos permite entender que el deseo es siempre el deseo del Otro, puesto que está basado en la relación fundante que se produce entre la angustia y el deseo. En este punto es donde radica la constitución del objeto *a*, que se constituye en el encuentro con el Otro, en el nivel de la voz. Este aparece como resto, metafóricamente aparece en un objeto alejado por el tiempo de nuestra realidad, un objeto el cual permitiría registrar mediante un juego de magnetismo y electricidad; el sonido, la música, la voz. Este objeto *a* aparece en la cinta del magnetófono. Esta analogía nos trae que de lo que se trata el objeto voz, es de una operación de inscripción, de marca significativa en un objeto que está separado de su soporte, que aparece como un resto. Lo importante de que sea una voz áfona, es que la separación del objeto, el punto de angustia está en el silencio, en lo que no se capta y llama al deseo. Esto es la metáfora del magnetófono, este no tiene sonido pero es marca e insignia de que lo hubo o pudiera haberlo.

4.4 El objeto mirada

El siguiente objeto es el objeto mirada, cuyo sustrato orgánico son los ojos, aunque veremos que la relación entre los ojos y la mirada es simplemente un efecto de señuelo, es algo que está más allá la simple visión, justamente de lo que no se ve. Lo primero a resaltar es que el ojo es un órgano doble, es decir, que para abarcar nuestro campo de visión se necesitan de los dos ojos divididos por un quiasma y mediados por la simetría de cuerpo. Como sabemos, es el cerebro quien crea la imagen a partir de la información sensorial de los ojos. La visión está del lado de la percepción de colores, formas y luces, todo se basa en un complicado juego de incidencia de luz en el ojo. La visión está relacionada con el espacio y como Lacan (1964) planteo que en el espacio no aparece separación alguna, es decir que en apariencia es homogéneo y sin falla. El espacio aparece como colgado del cuerpo, como una prolongación de este. La relación de ambos está marcada, en tanto el cuerpo es un punto localizado en el espacio, cuya relación se funda en base a la imagen que se percibe a través del ojo y justamente aquí no es donde aparece el objeto *a*.

El ojo en sí mismo es un espejo que refleja el mundo y es de conocimiento popular que si colocamos un espejo frente a otro se crean una infinidad de imágenes. A partir de este punto comenzaremos a colocar la distancia que existe entre el ojo y la

mirada. Como Lacan (1963) comenta “No hace falta dos espejos opuestos para que se creen ya hasta el infinito los reflejos del palacio de los espejos. En cuanto hay el ojo y un espejo, se produce un despliegue infinito de imágenes entre-reflejadas.”(p. 242). Lo más curioso es que ciertamente se produce una infinitud de imágenes del mundo reflejadas en el ojo, pero no las vemos todas, sino que solamente una pequeña porción de estas. Recurrirémos a la popular frase “vemos lo que queremos”, no porque la visión esté del lado del querer, sino porque pertenece a la dimensión del lenguaje y por tanto obedece a leyes de exclusión.

Este es el funcionamiento de la visión, en tanto que a partir de una infinidad de imágenes especulares, lo que aparece interviniendo es la dimensión subjetiva, la dimensión del lenguaje. La imagen que se produce en el ojo necesita un correlato que no sea una imagen. Esto quiere decir que se necesita de un Otro que venga a ordenar esta multiplicidad de imágenes, que nombre y marque diferencias, este no puede ser otro más que el lenguaje. No obstante, esto no es tan simple, porque siempre hay algo que se escapa. Como Lacan (1963) plantea que “en nuestra relación con las cosas, tal como la constituye la vía de la visión y la ordena en las figuras de la representación, algo se desliza, pasa, se transmite, de peldaño en peldaño, para ser siempre en algún grado elidido – eso se llama la mirada”(p. 81). Esto nos lleva a la dimensión del deseo, puesto que la mirada es el objeto *a* en el campo de la visión, es el soporte del deseo a nivel escópico, del deseo al Otro, en cuyo extremo está el *dar-a-ver*.

El lenguaje produce un corte que sobreviene en el campo del ojo, en primer lugar porque es en el campo del Otro donde aparece por primera vez la imagen y en segundo lugar que en este proceso hay una separación y se produce un resto. Como sabemos “por la forma *i(a)*, mi imagen, mi presencia en el Otro, carece de resto. No puedo ver lo que allí pierdo. He aquí el sentido del estadio del espejo” (Lacan, 1963, p273). En resumidas cuentas el estadio del espejo es el pasaje de la imagen de un cuerpo fragmentado, a la imagen de un cuerpo ortopédico, de la imagen de la buena forma que trae la Gestalt. Por lo tanto la caída del objeto *a* no se produce en la imagen, pues como sabemos la imagen carece de resto. Lo más importante es que la separación, la automutilación se produce ante un real que es la fragmentación del cuerpo y la mirada del Otro y la posterior precipitación a asumir la imagen, y el objeto *a* es aquello que cae, que en el proceso no veo que pierdo. Por esto mismo el objeto mirada está del lado del

deseo, de aquello que no se vio perderse y falta en su lugar, es aquel que permitió pasar del nivel de la castración al espejismo del objeto de deseo.

La mirada es lo que se presenta como contingencia es una reducción a la emergencia de un punto evanescente que fascina y que permite al sujeto ignorar lo que está más allá de la apariencia, como Lacan (1964) plantea “el lugar de a es el punto cero, así es como el deseo visual enmascara a veces la angustia de lo que le falta esencialmente al deseo...El objeto a es lo que falta, es no especular, no se puede aprehender en la imagen (p. 274) En el lugar donde podemos ver emerger el objeto mirada es en la dimensión del señuelo, es en la mancha, en el blanco del ojo del ciego, aparece en lo que uno ve y no es lo que quiere ver, hay algo inasible en la mirada. Como nos plantea Lacan (1964) solo vemos desde un punto, pero somos mirados desde todas partes. Desde el lado de las cosas, aparece la mirada, vemos las cosas, pero no vemos que las cosas nos miran. Lo más interesante es que cuando por un instante vemos que las cosas nos miran, lo que aparece inmediatamente es la angustia ante el objeto. Justamente a partir de este punto es que podemos entender que hay miradas que violan, que desnudan el cuerpo, miradas que matan o miradas que fascinan y nos paralizan. Como anunciamos, el objeto mirada no aparece en relación a los ojos, puede aparecer como la mirada de un dios omnisciente que prohíbe, que puede ver los actos que el hombre comete o de un otro voyerista que goza a través de una mirada oculta. De lo que trata es de los ojos arrancados por el lenguaje de su pura función perceptiva y visual. Los cuales aparecerán a partir de ése momento desplazados para la vertiente del deseo.

4.5 El objeto fálico

La última de las cinco formas del objeto es el falo, tal vez la más compleja de sus formas, ya que al mismo tiempo es la menos aprehensible de todas. Es importante resaltar que todas las formas del objeto a aunque parcelarias, no se pueden separar unas de otras, de los efectos que tienen entre sí. Como Lacan indica (1963) “Los une una íntima solidaridad, que se expresa en la fundación del sujeto en el Otro por la vía del significante, y en el advenimiento de un resto a cuyo alrededor gira el drama del deseo” (p.263). Cabe resaltar la particularidad del objeto fálico, que por su íntima relación con la angustia de castración adquiere la función mediadora, es decir condicionará y organizará la relación del resto de los objetos que hemos venido desarrollando hasta el momento. En tanto que este es símbolo de la ley, viene a regular en diferentes niveles. Pero lo más curioso es que no

funciona donde debería funcionar y justamente este es el objeto fálico. Como Lacan (1963) indica:

“La función del falo como imaginario funciona por todas partes, en todos los niveles que he caracterizado mediante cierta relación del sujeto con el *a*. El falo actúa por doquier con una función mediadora, salvo allí donde se lo espera, en particular en la fase fálica. Este desvanecimiento de la función fálica, es el principio de la angustia de castración.” (p. 280)

El hecho de que el falo no funcione allí donde se lo espera, es decir en el funcionamiento copulatorio, llevo a Lacan (1963) a designarlo con el símbolo $(-\phi)$, que simboliza la angustia de castración. Para comenzar, es importante mencionar que el falo no es el pene, pero guarda cierta relación con este. Por esto mismo, la angustia de castración inicialmente se debe a un hecho biológico propio del hombre, dado que el órgano copulatorio del hombre funciona mediante un mecanismo de tumescencia y una posterior detumescencia, ambos momentos en el mejor de los casos separados por el orgasmo. Lo más curioso es que en el punto en el que se alcanza el orgasmo es al mismo tiempo donde se marca el corte, la separación, la desaparición de la función del órgano que inevitablemente sobreviene. Es exactamente en este punto donde se localiza el punto de angustia que permite la separación del objeto. El cual está llamado a una potencia fálica que no consigue fungir y en falta de esta función en la sexualidad, será ejercida en otros campos, como en las otras formas de objeto *a*.

La relación del orgasmo con la función de detumescencia del pene llevo a Lacan (1963) a pensar el orgasmo como equivalente a la angustia en el momento de la copulación. Esto se da en la medida que el orgasmo es el heraldo de la pérdida de la función, de la separación y justamente este es el único de todas las angustias que realmente alcanza su término, en tanto realmente aparece el objeto de la castración. He aquí el hecho que nos permite entender como ciertas formas de angustia llevan a la producción del orgasmo, como por ejemplo algunas formas de prácticas sexuales mediante asfixia o ahorcamiento que finalmente acaban convergiendo en un orgasmo.

El primer encuentro con la presencia fálica es en la escena primaria, cuya base está en lo que no se ve. Como relatamos anteriormente el objeto *a* no aparece en el campo de la imagen. En la escena primaria el falo está presente mediante el funcionamiento del pene, y es curioso que generalmente siempre aparece cierta ambigüedad sobre la presencia de este. Uno de los casos más famosos que relatan esta

escena fue el de Freud (1914) en *historia de una neurosis infantil* o como es nombrado comúnmente como el hombre de los lobos, que relataba acerca de la angustia de castración que suscita la observación de la escena primaria.

A nivel básico este momento se basa en la observación del niño del encuentro sexual de los padres. El cual genera cierta excitación sexual, que el niño en ese momento no puede controlar ni entender, por tanto tiene que ser reprimido. Podríamos pensar en la escena primordial como uno de los primeros encuentros con la sexualidad, relacionado con lo que Freud (1905) denominó como el “enigma de la esfinge” que aparece en los niños bajo la forma de interrogación sobre la sexualidad. Cuestión que a partir de ese momento y en momentos posteriores será difícil de responder, tanto por su carácter excesivo como por enigmático.

La cuestión del encuentro de la escena primaria está en la angustia que esta produce. Como Lacan (1964) relata, lo importante no es ubicar donde aparece el falo en la escena, sino que lo importante es lo que no aparece:

“el niño pasmado ante lo que ve, paralizado por esa fascinación, hasta tal punto que es concebible que aquello que en la escena lo mira y que al estar resulta invisible por todas partes nos sea sino la trasposición del estado de detención de su propio cuerpo, transformado aquí en ese árbol, el árbol cubierto de lobos.” (p.281)

Todo lo que traemos hasta el momento está en relación a la relación del falo que lleva sobre sí la marca de la angustia de la castración. La cuestión es paradójico en tanto que la sexualidad es tal vez el lugar donde más podríamos pensar en la presencia del instinto, sin embargo esto no es así. Si algo la teoría analítica se esforzó en marcar es todo el drama que gira en la constitución sexual y que es fruto de la falta de instinto sexual. Justamente como Lacan (1963) indica, “precisamente allí, donde pareciera que nos enfrentamos al instinto más primitivo, el instinto sexual, no podemos dejar de referirnos, más que en ninguna otra parte, a la estructura de la pulsión como sostenida por la relación del deseo con la demanda” (p.283).

En general localizar la demanda en la sexualidad es una tarea ardua y compleja, pues los elementos que la conforman son estructurales del ser hablante. Lo que nos lleva a lo que Lacan (1963) propone que “lo que demandamos justamente es satisfacer una demanda que tiene cierta relación con la muerte, lo que demandamos- es la pequeña muerte” (p.284) y se lo demandamos a nuestra pareja amorosa o sexual. La pequeña

muerte o *petite morte* es un término que hace alusión al breve periodo de tiempo que transcurre después del acto sexual. Este periodo es en el cual podemos pensar que se abre una hiancia producida tras la angustia, que comentábamos anteriormente viene enlazada al orgasmo. Donde aparece más evidente la dimensión del lenguaje que viene a intermediar el acto sexual. Lo que se demanda en el acto, es ese real por el que se transmite y se sostiene cierta forma de vida, es esta pequeña muerte en tanto esta íntima relacionada con la renovación de la vida. Finalmente como el judío Shylock de nuestra historia siempre demandamos esa libra de carne.

A modo de conclusión diremos que la separación del objeto fálico, está en relación al órgano que no es capaz de sostenerse por mucho tiempo respecto al goce, pues aparece sin remedio algún la detumescencia y cuando pareciera que este alcanza su finalidad en el orgasmo, no es más que un resto, “un pequeño trapo, ya solo está ahí para la pareja como un testimonio, un recuerdo, de ternura” (Lacan, 1963, p.285). Este drama que gira en torno a la caída del objeto es el complejo de castración, que se convierte en un dilema en tanto cuestiona el deseo, y al goce.

CAPITULO 5

LAS INCIDENCIAS DE LA LIBRA DE CARNE

En capítulos anteriores hemos desarrollado la constitución del cuerpo por la incidencia del significante a través de la metáfora de la libra de carne y los diferentes modos de funcionamiento que esto instituye. Uno de los elementos más importantes es lo que se dejó atrás en la constitución del cuerpo, lo que no es aprehensible por el lenguaje y por lo tanto queda como resto inasimilable, éste no puede ser otro más que el objeto *a*, la libra de carne, que determina un modo de funcionamiento particular de la psique humana.

Como sabemos el cuerpo se estructuró a partir de las diferentes formas de pérdida, separando los objetos que conformaron las cinco formas del objeto *a*. Estos objetos fueron instituidos a partir de la experiencia de angustia. Este acontecimiento constituyó un cierto vacío que constituye la dialéctica del sujeto y que como Lacan (1963) plantea:

“Debido a la existencia del inconsciente, nosotros podemos ser ese objeto afectado por el deseo. Incluso es en tanto que marcada de este modo por la finitud que nuestra falta, la nuestra, como sujeto del inconsciente, puede ser deseo, deseo finito. En apariencia es indefinido, porque la falta, al participar siempre de cierto vacío, puede llenarse de distintas maneras, aunque sepamos muy bien, porque somos analistas, que no la llenamos de cien maneras”. (p. 35)

En este capítulo desarrollaremos algunas de las maneras en las cuales llenamos este vacío, sirviéndonos del objeto pequeño *a*, la libra de carne, y su funcionamiento subjetivo. Por un lado, es importante resaltar que estos temas fueron abordados para ilustrar algo del funcionamiento del objeto *a*, y por lo tanto debemos señalar que se trata de presentar un panorama general y no de la especificidad de cada apartado. Por otro lado, si bien podríamos haber elegido muchas otras incidencias fueron escogidas la angustia como señal de lo real, el pasaje al acto y el acting out, para finalizar con la forma gramatical de la pulsión en relación al objeto *a*. Pues estas cuestiones están relacionados con los capítulos y temas que venimos desarrollando hasta el momento y son las que desde mi punto de vista mejor muestra la incidencia del objeto *a*.

5.1 La angustia como señal de lo Real

El lenguaje permite la construcción de un mundo de significantes, de los cuales nosotros como seres hablantes estamos constituidos. No obstante, esto es algo bastante más complejo, pues como venimos desarrollando hasta el momento, una de las consecuencias de la incidencia del lenguaje es que se produce un resto que no es significante pues no puede ser aprehensible por este y que denominamos como objeto *a*. Lo que trae el seminario 10, justamente intitulado como *La angustia*, es el modo que tenemos de reconocer la presencia de este objeto y que no podría ser otro más que a partir de la angustia. Pues como Lacan (1962) indica “la manifestación más llamativa de este objeto *a*, la señal de su intervención, es la angustia. Ello no significa que este objeto sea solo el reverso de la angustia, pero sólo interviene, sólo funciona en correlación con la angustia” (p.98)

Lo más interesante es que para abordar un objeto que no es significante es necesario algo que produzca un corte en el mismo, y este algo no puede ser otra más que la angustia. Como indicó Lacan (1963) “La angustia es este corte – este corte neto sin el cual la presencia del significante, su funcionamiento, su surco en lo real, es impensable -, es este corte que se abre y deja aparecer, lo inesperado, la visita, la noticia, lo que expresa tan bien el termino presentimiento.” (p.87). El presentimiento debemos entenderlo desde la literalidad, como aquello que precede al sentimiento. Y como aquello que antecede, nos deja claro que no es un sentimiento de lo que se trata, sino más bien un afecto.

Uno de los pasajes más relevantes de la angustia freudiana para la angustia lacaniana es justamente concebir la angustia como un afecto, y lo que es más importante aún es que es el único de los afectos que no engaña. Como apuntábamos anteriormente, no engaña, en tanto que representa un corte, un surco en lo real, que nos señala la presencia del objeto *a*, de la libra de carne. Por esta razón es una cuestión de vital importancia para la clínica psicoanalítica, pues nos ofrece una orientación de lo real. Como Lacan (1963) nos muestra:

“Sólo la noción de real, en la función opaca que es aquella de la que les hablo para oponerle la del significante, nos permite orientarnos. Podemos decir ya que este *etwas* ante el cual la angustia opera como señal es del orden de lo irreductible de lo real. Fue en este sentido que osé formular ante ustedes que la angustia, de todas las señales, es la que no engaña.”(p. 174)

El mejor modo para delimitar el concepto de la angustia es a través de la fábula de la mantis religiosa traída por Lacan (1962), no obstante, aunque también fue desarrollada en seminarios anteriores, esta última formulación es la que a nosotros nos interesa pues ilustra de la mejor manera posible la aparición de la angustia.

La fábula es la siguiente: Un hombre se encuentra en el interior de una gruta portando una máscara en el rostro, como con la que se cubre el brujo de *Los Tres hermanos*. Otro animal se encuentra enfrente de él, una mantis religiosa gigante. La cuestión está en que el hombre no sabe qué máscara lleva, por lo tanto si llevase puesta la máscara del macho de la mantis, sería razón suficiente para no estar tranquilo, puesto que ya es conocido por todos lo que ocurre tras el encuentro con la mantis. Podemos ir aún un poco más lejos, y es que este hombre busca su reflejo en los inquietantes ojos del insecto, pero no lo encuentra y por lo tanto desconoce cuál será el destino que le depara ante semejante presencia, e inmediatamente lo que aparece es la angustia.

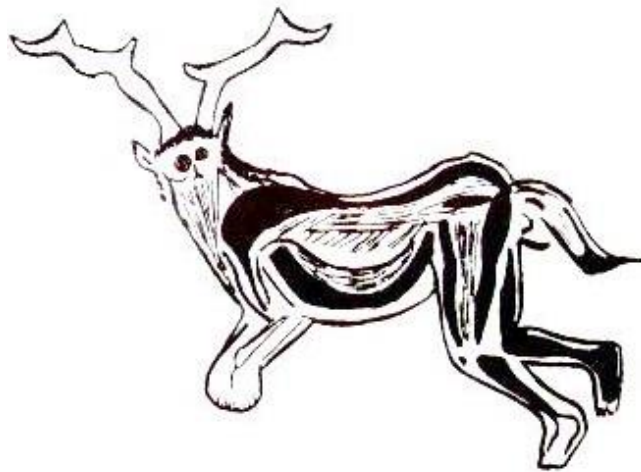


Figura.1 Brujo de la cueva de “*Les Trois Frères*”

Este apólogo está relacionado con el deseo del Otro, con el famoso *Che vuoi?* ¿Qué me quiere? Puesto que desconocemos el lugar que ocupamos en el deseo del Otro, este se presenta como una incógnita, y por lo tanto es una convocación a ser respondida. Lo que la fábula trae es que finalmente desconocemos si seremos devorados por el Otro y esto sin lugar a duda es la angustia. Al desconocer las insignias que portamos, la máscara que llevamos se abre la dimensión de la angustia, acerca de cuál es nuestro lugar para el Otro.

Lacan (1963) articuló la angustia con el concepto elaborado por Freud (1919) lo ominoso, *Das unheimlich*. Podemos entender este concepto a partir de su etimología *unheimlich* como lo que es *Heimlich*, lo que es *Unheim*, es decir lo que se encuentra el *Heim*. Esto quiere decir que lo ominoso es lo que está oculto y justamente lo que aparece como misterioso, como extraño, se encuentra en la casa, en lo más familiar.

Lo familiar *heim* es lo que designamos como $-\phi$, en tanto que “el hombre encuentra su casa en un punto situado en el Otro, más allá de la imagen de la que estamos hechos.” (Lacan, 1963, p.58) Esto hace referencia a lo que comentábamos anteriormente, a nivel básico esto representa la ausencia y al mismo tiempo la presencia en otra parte. ¿En dónde?, pues en el Otro, en el deseo del Otro. Como indica Lacan (1963):

“Lo unheimlich es lo que surge en el lugar donde debería estar el menos $-\phi$. De donde todo parte, en efecto, es de la castración imaginaria, porque no hay imagen de la falta y con razón. Cuando algo surge ahí, lo que ocurre, si pudo expresarme así, es la falta que viene a faltar” (p.52)

Esto quiere decir que justamente lo que causa extrañeza es la ausencia de lo que debería faltar, el menos ϕ . Esto está relacionado con el investimento libidinal, ya que hay una reserva libidinal que no se invierte en la imagen especular, y este es justamente representado por el $-\phi$ como símbolo de la falta, que a su vez permite un funcionamiento. Entonces cuando la falta ($-\phi$), falta, lo que aparece es el objeto *a*, la libra de carne separada del cuerpo, seccionada por el lenguaje y la angustia como operador.

Esto es lo que me llevo a Lacan (1963) a formular que la angustia no es sin objeto. Esta construcción quiere decir que hay un objeto de la angustia, aunque este no se conozca, por lo tanto no puede ser otro más que el objeto *a*. El cual con su presencia produce la angustia, lo ominoso, pues es lo más íntimo, familiar, que tuvimos míticamente y fue separado, caído. Como Lacan (1963) mostro el objeto de la angustia:

“La angustia tiene otra clase de objeto distinto del objeto cuya aprehensión está preparada y estructurada por la rejilla del corte, del surco, del rasgo unario, del *es eso* que opera siempre cerrando el labio, o los labios, del corte de los significantes, que se convierten entonces en cartas cerradas, remitidas en sobre cerrado a otras huellas.” (p.87)

Esto es lo que se produce para Edipo al ver sus ojos separados y arrojados al suelo, en ese momento sus ojos son el resto caído de un acto, son el objeto *a*. Esto puede ser ilustrado de diversas formas, como por ejemplo, una voz separada de su soporte, una voz la cual no sabemos de dónde procede, es sin lugar a duda claramente angustiante. Esto también ocurre con la mirada, ¿No es acaso la paranoia una mirada desprovista de su soporte y por lo tanto más presente y voraz?

A partir de lo desarrollado podemos articular la angustia como señal de lo real, claramente indicada por la presencia del objeto *a*. Podemos pensar la clínica de la experiencia psicoanalítica justamente como aquello que apela al sujeto a hacerse cargo de su deseo, que aunque deseo del Otro, algo dice del sujeto y este debe responsabilizarse de ello. La lógica de la intervención es aquella que busca el quiebre, la separación de los significantes que están fuertemente anclados y arraigados al cuerpo, a la libra de carne. Y si logramos producir esto, que no es tarea fácil, sin lugar a duda lo que aparecerá será la angustia, como el único afecto que no engaña, y entonces, solo entonces, sabremos que vamos por buen camino.

5.2 Pasaje al acto y acting out

En este apartado desarrollaremos dos movimientos que están relacionados con el objeto *a*, y que son el *acting out* y el pasaje al acto. Lo ilustraremos a través del grifo de Piaget, que si bien este experimento fue utilizado para desarrollar su teoría sobre el pensamiento del niño, Lacan (1963) se sirvió del grifo para trabajar la noción de causa, como causa de deseo, y relacionarlo con los fenómenos del *acting out* y el pasaje al acto.

El experimento del grifo, a nivel básico, es que el investigador le explica al niño el funcionamiento y partes de este. Este niño a su vez le intentara explicar a otro niño la misma consigna. Lo curioso es que el niño no reproduce con exactitud la explicación, sino que como Lacan (1963) se dio cuenta que hacia énfasis en el grifo como causa. Es decir, algo que cierra y que permite que la cubeta no se desborde.

Lo importante es la función del grifo, en tanto que está hecho para cerrar, para obturar. Puesto que de forma natural el agua fluye, el grifo es colocado para cerrar el paso y poder regularla. Lo que nos interesa del grifo de Piaget, en primer lugar es la

dimensión del cierre del grifo y en segundo lugar la separación que se produce entre el enunciado del investigador y la comprensión del niño, pues que en esa hiancia es donde radica la causa del deseo. Como Lacan (1963) señala, “la necesidad que vincula la subsistencia de la causa con una hiancia tiene su origen en esto, en que la causa en su forma primera es causa del deseo, o sea, de algo esencialmente no efectuado”. (p.319)

El *acting out* no es el acto en sí mismo, sino la conducta o todo el despliegue que se realiza para marcar la presencia de algo, dirigido al Otro, o la falta de algo que por su ausencia que también estará encaminada para ser mostrado al Otro. Como Lacan (1963) plantea:

“En cuanto al *acting out*, si queremos situarlo respecto a la metáfora del grifo, no es el hecho de abrir el grifo, es simplemente la presencia o no del chorro. El *acting out* es el chorro, es decir, lo que se produce siempre como un hecho proveniente de un lugar distinto que la causa sobre la que se acaba de actuar.” (p.347)

Hay que resaltar, la separación que existe entre el hecho, es decir el *acting out* y la causa. El *acting out* debemos entenderlo como lo que permite obturar la hiancia, es decir que es todo el movimiento que se realiza para sostener una escena, esto lo veremos con más detalle un poco más adelante.

El *acting out* es una escenificación en la cual el sujeto crea una estructura de ficción, es decir se presenta como un Otro. En esta demostración podemos entender que es de un síntoma de lo que se trata. Es algo que llama a la interpretación y como sabemos por la experiencia clínica, el paciente cree conocer la interpretación de su acto, la escena que desea sostener y a quien está encaminada. Esta es la dimensión de llamada a la interpretación. Pero como sabemos esto siempre esta velado, y el *acting out* habla en sí mismo más de lo que podría hacer el propio paciente, no solo es esta dimensión la que a nosotros nos interesa, sino que también lo que cae de la escena, un resto

En esta operación nuevamente lo que surge es el objeto *a*, pues el deseo no está nunca ahí donde parece. El sujeto no sabe realmente lo que demanda con el *acting out* y debido a este hecho en la hiancia que se abre por esto, se localiza el objeto causa. Este objeto será lo que podría sostener la escena y permitirá obturar el deseo, cerrándolo en un sentido, aunque este sentido no fuera lo que causo la escenificación. Como el propio Lacan (1963) propone:

“Entre el sujeto $\$$, aquí Otrificado, por así decir, en su estructura de ficción y el Otro A , no autentificable, nunca del todo autentificable, lo que surge es ese resto, a , es la libra de carne. Lo cual significa que se pueden tomar todos los préstamos que se quiera para tapar los agujeros del deseo. Ahí está el judío que sabe un montón sobre el balance de las cuentas y que al final demanda la libra de carne. Éste es el rasgo que siempre encuentran ustedes en lo que es el acting out. (p.138)

El judío es aquel que conoce sobre las pérdidas y ganancias, sobre lo cuantificable, pero por la historia del *Mercader de Venecia* sabemos que lo que finalmente desea, como el resto de los mortales, es la libra de carne, es decir un objeto de vital importancia pero que no está dentro del campo de lo cuantificable, de los objetos comunes de intercambio. Lo que podemos entender del *acting out*, a partir de este símil, es que finalmente lo que se demanda, no es solo sostener una escena y la continuidad de la cadena significante, sino que justamente lo que se quiere es la libra de carne.

Esto podemos entenderlo un poco mejor a partir de la compleja formulación “Yo te deseo, aunque no lo sepa” (Lacan, 1963, p.37). Esto quiere decir que tomamos al otro, como objeto de nuestro deseo, aunque siempre desconocido. Identificamos al otro, con el objeto de su propia falta, puesto que el deseo es el deseo del A. Por lo tanto, localizamos el objeto a en el Otro y entonces se produce todo el despliegue del *acting out*, en el cual realizamos para el otro, lo que él busca. Para que de este modo el sujeto este sostenido en la escena, y por lo tanto desear al A, nunca es más que desear el objeto a .

Para abordar el pasaje al acto debemos aclarar que como sabemos por Lacan (1963) todo lo que es el *acting out* debe oponerse al pasaje al acto, en tanto uno es la tentativa de sostener y subirse a una escena, y el otro por el contrario es dejarse caer, salir completamente de la escena. El pasaje al acto se produce a partir de la emergencia de un sujeto como discontinuidad en lo real, como Lacan (1960) señala “Este corte de la cadena significante es el único que verifica la estructura del sujeto como discontinuidad en lo real” (p.762). Esto se debe a que no hay significante que represente al sujeto y que le permita una continuidad en la cadena, por lo tanto lo que se produce es la caída subjetiva que se traduce en una salida de la escena. Esto podemos ilustrarlo un poco mejor a partir de la metáfora del grifo:

“El pasaje al acto es abrir el grifo, pero abrirlo sin saber lo que se hace. Se produce algo donde se libera una causa por medios que no tienen nada que ver con ella, porque, como les he hecho observar, el grifo solo desempeña su función de causa en la medida en que todo lo que puede salir de él viene de otra parte”. (Lacan, 1963, p. 347)

A partir de esto podemos entender la dimensión de desconocimiento que aparece en el pasaje al acto. No hay premeditación, ni elaboración, sino que simplemente es el puro acto, la emergencia del sujeto en acto. Es un no saber lo que se hace, pero que justamente se está produciendo y ahí es donde está el sujeto. Como sabemos el grifo solo es lo que permite cerrar, por lo tanto de él no proviene nada. De lo que se trata es de un exceso de angustia, que se torna insoportable, desbordante para el ser hablante.

Todo esto “es visto, precisamente, del lado del sujeto (...) El momento del pasaje al acto es el del mayor embarazo del sujeto, con el añadido comportamental de la emoción como desorden del movimiento”. (Lacan, 1963, p.128). Debemos entender la emoción, desde la perspectiva más etimológica, derivado de *emovere*, e- prefijo que indica desde y *movere*, movimiento. Por lo tanto esta emoción, es lo que impulsa al movimiento que aunque con desorden, lleva al pasaje al acto.

Como comentamos anteriormente el *acting out* está dirigido a un A, y esto justamente es lo que no aparece en el pasaje al acto. En este caso es la caída del campo del A, ya que no hay sujeción. Por lo tanto, lo que cae es el puro resto, el objeto *a*, es la libra de carne en sí misma, es la “separtición” de la escena. Lo más curioso es que el pasaje al acto es el único modo para el sujeto para mantenerse como sujeto, esto lo podemos entender a partir de frases de pacientes del tipo “no podría ser de otro modo” o “no tenía como no hacerlo”, es decir llevados al acto aunque este supusiera su desaparición. Por lo tanto, solo en ese momento, “es entonces cuando, desde allí donde se encuentra – a saber, desde el lugar de la escena en la que, como sujeto fundamentalmente historizado, puede únicamente mantenerse en su estatuto de sujeto - se precipita y bascula fuera de la escena”. (Lacan, 1963, p.128)

El pasaje al acto llevado al extremo es el suicidio, es la literalidad de salir de escena. Es común en algunos suicidios dejar una nota, una marca, un mensaje a un Otro del tipo “ahora no podrás olvidarme más”. Finalmente entendemos que lo que dejan es una libra de carne de cerca del corazón, que como sabemos implica la muerte.

5.3 Hacerse...

Por último, articularemos la pulsión con las cinco formas del objeto *a* que desarrollamos anteriormente. Haciendo énfasis en la dimensión en la cual la pulsión es el intento de alcanzar la dimensión del Otro, de recuperar algo de la libra de carne entregada y atrapada en la máquina formal del Lenguaje. Pues como Lacan (1964) indicó “el movimiento circular del empuje que emana del borde erógeno para retornar a él como a su blanco, después de haber girado en torno de algo que yo llamo objeto *a*. Yo asevero que así es como el sujeto llega a alcanzar la dimensión, propiamente dicha, del Otro.” (p.201)

Como dijimos anteriormente, la pulsión es la vía mediante la cual el sujeto busca recuperar la perdida por ser sexuado y su órgano es la libido. Este órgano es el punto de enlace entre el inconsciente en tanto se asienta en la zona erógena y participa de la pulsación del inconsciente en su movimiento de apertura y cierre. Lo único que es susceptible de ser aprehendido en este movimiento son las pulsiones parciales. Por lo tanto, “el órgano de la libido, la laminilla, precisamente enlaza con el inconsciente a la pulsión llamada oral, la anal, a las que yo agrego la pulsión escópica y otra que casi podríamos llamar la pulsión invocante.” (Lacan, 1964, p.207)

Entonces, a partir del movimiento de las pulsiones parciales es que se consigue atrapar, captar algo de la dimensión del Otro, el goce del otro. No obstante, los objetos de la pulsión parcial no responden al principio de placer, pues estos fueron pedazos cedidos de la carne, pedazos de goce. Esto instaura el funcionamiento subjetivo y como Lacan (1964) marcó:

“Se reconoció la pulsión porque la dialéctica del inconsciente del sujeto no puede limitarse a la referencia del campo del *Lust*, a la imagen de los objetos beneficios, benévolos, favorables, pues hemos encontrado cierto número de objetos que, a fin de cuentas, no sirven para nada. Son los objetos *a*, el pecho, las heces, la mirada, la voz. En este nuevo término está el punto que introduce la dialéctica del sujeto como sujeto del inconsciente”. (p.250)

Como sabemos la relación de la pulsión con el objeto *a*, es que el primero contornea el objeto y en el mismo movimiento lo constituye. No obstante, si entendemos que la carne está atrapada en la máquina formal del lenguaje podemos deducir que la pulsión también responde al funcionamiento del lenguaje. El funcionamiento de la pulsión podemos hacerlo análogo a las referencias gramaticales.

Esto ya fue vislumbrado por Freud (1915) que fue el que introdujo las voces activa y pasiva, ver y ser visto. Posteriormente Lacan (1964) introduce la voz media (ej. *Hacerse ver*), pues considera que esta voz es la que da cuenta del funcionamiento del circuito pulsional, “la actividad de la pulsión se concentra en ese hacerse, y podríamos quizá lograr ciertos esclarecimientos si lo referimos al campo de las demás pulsiones.” (p.202)

La voz media de la pulsión está en relación a la conformación del objeto *a* y la zona erógena de la cual fue separado. Por lo tanto dio lugar a los diferentes objetos pulsionales, pulsión oral (seno), anal (escíballo), escópica (mirada) e invocante (voz), los cuales están estrechamente relacionados a un modo particular de goce y de satisfacción.

La primera forma gramatical de la pulsión que abordaremos será, “*hacerse ver*”, el objeto como sabemos es la mirada. Esto es claramente ejemplificado mediante el exhibicionismo, pues “el exhibicionismo no solo involucra a la víctima, sino a la víctima en tanto que está referida a algún otro que la mira” (Lacan, 1964, p.190). Por lo tanto, lo que está en juego aquí es provocar la mirada, pues como sabemos esta es un objeto perdido que reaparece a través del otro. La cuestión no está solamente en hacerse ver y lo que se muestra, sino en lo que esto provoca en el otro y lo que surgen en el trayecto. Lo que se permite captar en el recorrido pulsional es el goce de un otro, de la mirada del Otro.

En el exhibicionismo se ve más claramente ilustrado la dimensión gramatical de la pulsión. No obstante, no pensemos que es un caso aislado, pues el hacerse ver, puede ser captado en la dimensión de la mirada del otro en diversas escenas. Situaciones en las cuales, el sujeto provoca la mirada del otro para tener un lugar. Como mejor lo ilustramos es a partir de la popular frase *ser el niño de los ojos de alguien*, es decir ocupar un lugar en el deseo y en el mirar ajeno.

La siguiente forma de la pulsión es el *hacerse oír*, y que como sabemos los oídos son el único orificio que no pueden cerrarse. Por lo tanto, esto marcará un funcionamiento particular de la pulsión invocante. En tanto, “que *hacerse ver* se indica con una flecha que de veras retorna al sujeto, el *hacerse oír* va hacia el otro”. (Lacan, 1964, p.202). Exactamente la pulsión invocante es un llamado una invocación al otro mediante la voz.

Lo primero que tenemos que recordar es que el objeto voz es una voz a-fona, sin sonido. La pulsión invocante es la operación mediante la cual el sujeto intenta captar el

deseo del otro vía el significante. Como trabajamos en capítulos anteriores, la voz es un objeto externo, y en tanto que se dirige al otro, permite al sujeto captar los ecos de la resonancia de la voz en el otro, por lo tanto, responder algo sobre su propio deseo. No se trata de lo que se dice, sino más bien de lo que no se dice y está ahí. El hecho de que el oído nunca se cierre implica que la voz siempre produce un eco en el vacío del otro. En todo este movimiento pulsional lo que permite al sujeto es incorporar la voz alcanzando la dimensión del Otro. La pulsión invocante es algo más abstracta que las otras por estar vinculada al deseo, es decir que el movimiento que esta pulsión produce tiene la posibilidad de aprehender el deseo del Otro. Esto puede ser mejor ejemplificado mediante la demanda, ya que podemos considerarla como un llamado, una invocación al otro. Lo vemos claramente ilustrados en enunciados del tipo “¿Tú me quieres?”, que buscan constatar el lugar en el deseo del Otro y por lo tanto el lugar del sujeto.

La siguiente forma de la pulsión es la pulsión oral, cuyo objeto es el seno y aparece bajo la forma *hacerse chupar*. Para llegar a esto Lacan (1964) hace el pasaje desde el hacerse engullir, ejemplificado con el masoquismo. Donde lo importante no es que el masoquista se dañe para un otro, sino que la cuestión está en la reversión gramatical, pegar – ser pegado – hacerse pegar. En el último término es el cierre de la pulsión y en el cual el sujeto puede captar en el otro, lo que este padece. Justamente en este movimiento el *hacerse engullir* es convertirse en el objeto de goce del otro, que le permite a su vez gozar de esto que provoca.

El *hacerse chupar* está elaborado a partir de la relación del niño y el pecho materno, en el cual el primero es el vampiro que succiona o chupa el pecho. El funcionamiento del *hacerse chupar* radica en el movimiento de la “reivindicación que hace el sujeto de algo que está separado de él, pero que le pertenece y con lo cual ha de completarse” (Lacan, 1964, p. 203). Esto inevitablemente nos hace recuerdo al objeto *a*, como parte separada de nosotros mismos y que intentamos reintegrar de diversos modos. Nuevamente podemos hacer la construcción gramatical, chupar, ser chupado, hacerse chupar, esta última es la que nos interesa, pues ilustra el funcionamiento pulsional. Como sabemos el objeto oral está relacionado con la demanda, en este caso de la demanda del otro y justamente en la voz media (*hacerse*) es que es el intento de satisfacer la demanda del otro, para así de este modo obtura algo de la propia falta. Para dar un último matiz, no podríamos ejemplificarlo mejor que con una frase que podemos

encontrar con frecuencia en diversos pacientes, que cuando se refieren a otro lo identifican como que “Me está quitando la vida”.

La última de las formas es la pulsión anal, *hacerse cagar*. Esta última forma es un poco más fácil de entenderla, ya que es bastante común en Latinoamérica encontrar diversas expresiones relacionadas con el escíballo. La voz media de la pulsión anal está relacionada con el fastidiarse. Podemos hacer la analogía con el objeto anal, un objeto que en un momento es deseado y loado, para pasar a un segundo tiempo en el cual este mismo objeto pasa a ser arrojado como el más vulgar de los desechos, esto es el *hacerse cagar*. Son toda la serie de movimientos en el cual el sujeto busca fastidiarse, consigue *hacerse cagar* por el otro. No obstante, aún podemos darle otra perspectiva al objeto anal. Como Lacan (1964) indica:

“Es un gran error identificar sencillamente el famoso escíballo con la función que se le da en el metabolismo de la neurosis obsesiva. Es un gran error amputarle lo que representa, en ocasiones como regalo, y despojarlo de la relación con la polución, la purificación, la catarsis. Es una equivocación no ver que de allí sale la función de la oblatividad”. (p.203).

Como vimos anteriormente el objeto anal estaba relacionado con la dádiva, aunque no es solo esto lo que nos interesa, sino la función de la oblatividad. Primero, podemos entender la oblación como una ofrenda o sacrificio que se le hace a Dios cuando realizamos alguna petición. Esta es la dimensión que nos interesa del objeto anal, no solamente es dar, sino dar esperando algo a cambio, es la dimensión del pago. Esto nos permite entender el funcionamiento del *hacerse cagar*, en el cual el sujeto se posiciona como objeto, resto del otro, y en el cual la ganancia que adquiere es un goce y una posición en el deseo del otro, respondiendo nuevamente sobre su propio deseo.

CONCLUSIONES

La frase clave que mejor ilustra el trabajo que venimos desarrollando hasta el momento es: *No ver lo que allí se pierde*. Pues lo que perdemos es la libra de carne, aquella parte de nuestro cuerpo que queda atrapada en la máquina formal del lenguaje. Lo más importante de lo que allí se pierde, es que también es constitutivo, aunque desconocido. Si algo demuestra la teoría psicoanalítica es este punto, puesto que donde más somos es exactamente lo que menos conocemos, es lo menos accesible. Nuestro mundo y nuestra realidad son construcciones únicamente posibilitadas por el lenguaje. Como seres hablantes creemos que nuestra realidad es la del significante, pues finalmente no somos más que seres hablantes atrapados en el velo de Maya.

El ser humano en tanto cuerpos estamos limitados por nuestra percepción, visión y sentidos. No obstante, si algo hemos tratado en esta investigación es que hay un elemento a más, este no podía ser otro más que el lenguaje. Este último es fuente y destino de lo constituyente del ser hablante, ya que no sentimos más que lo que somos capaces de nominar, no percibimos más que lo que el lenguaje reguló y no vemos más que lo que el significante permite separar. Por esto mismo, desde mi punto de vista el lenguaje fue la solución a la devastación que el mismo creo.

No obstante, hay una dimensión más allá de la del lenguaje, algo que queda por fuera de lo aprehensible del significante, y es lo que Lacan localizó y denominó como real. Lo que llamamos cuerpo es sin duda alguna solamente uno y es un real, de ahí que pueda ser abordado desde diferentes perspectivas, ya sea desde el estadio del espejo, como sustancia gozante o como tantas otras elaboraciones, todos son intentos de aprehender algo de lo real del cuerpo. Todos son partes separadas del abordaje del cuerpo y al mismo tiempo hacen parte de un todo, no de una cronología sino en una sincronía. El intento de la presente investigación fue intentar transmitir, con toda la dificultad que esto conlleva, algo de lo real del cuerpo a partir de lo trabajado por Lacan en el seminario 10 y la metáfora recogida en este mismo seminario sobre la libra de carne.

Lo real del cuerpo es el punto exacto en donde radica la relevancia de la metáfora que venimos trayendo. Puesto que este relato nos permite ilustrar, con las diversas posibilidades que la metáfora trae, sobre como el lenguaje afecta y constituye el cuerpo. En tanto que este acontecimiento, la separación o separtición que produce el

lenguaje en el cuerpo es siempre mítica. Pues no es localizable, ni observable, ni siquiera delimitable. Tan solo conocemos sus efectos, sus vestigios, esto es claramente ejemplificado bajo la fórmula del *après coup*, el *a posteriori*, algo “habrá sido” de algún modo a partir de un evento presente, es decir con efecto retroactivo. El psicoanálisis lo que hace es encontrar, de ahí que Lacan tomase la famosa frase de Picasso, “Yo no busco, yo encuentro”, para ilustrar exactamente este punto, no se trata de buscar, sino de encontrar. Esto es lo que nosotros intentamos hacer, recoger lo que encontramos del evento constitutivo de lo real del cuerpo e intentar trabajar con, y a partir de este.

La temática de la libra de carne como pago de la deuda, fue una creación de Shakespeare, posteriormente recogida por Lacan. Este es un elemento que nos permite hablar de lo imposible, puesto que como todos sabemos, entregar una libra de carne de cerca del corazón supondría la muerte. Esta fue la metáfora que nos interesó, en tanto que ilustra la pérdida de una parte vital de nosotros, una muerte simbólica. De lo que se trata es de retratar la pérdida de lo mítico del cuerpo orgánico, de un puro goce, que una vez afectado por el lenguaje se crea un punto de no retorno, ya no hay vuelta atrás.

Otra de las posibilidades que nos ofrece la metáfora de la libra de carne es poder hablar de la literalidad del cuerpo, exactamente de la carne. Lo que hemos podido recoger a lo largo de toda la investigación es que el cuerpo es sin lugar a duda el cuerpo del lenguaje. Este fue constituido, marcado y dirigido por el lenguaje, es el cuerpo funcional de significante. El cuerpo mítico de carne y goce está perdido, puesto que como entregamos la libra de carne de cerca del corazón, este cuerpo desapareció, quedó como un real.

Debemos localizar a la angustia como operador de este acontecimiento, pues como sabemos es la que precipita la limitación y pérdida de goce, para condescender al deseo. Esta separación no podría ser producida sin la experiencia de angustia, ya que llama a tomar posición, a responder de algún modo. Es lo que aparece al enfrentarse al deseo del Otro, y surge como extrañeza, algo externo que le marca en lo más profundo de sus entrañas. La angustia es un llamado a ser obturado, como vemos hay algo de la elección, aunque complicada, es lo que popularmente diríamos estar “entre la espada y la pared”. Las posibilidades no son muchas o te quedas devorado por la angustia y el goce, o respondes ante esto entregando algo de goce y desaparecer bajo la égida del

significante. Esto fue lo que Lacan (1964) retrato con las fórmulas de alienación y separación, como respuesta al más profundo enigma sobre el deseo del Otro.

El encuentro con el lenguaje deja un resto y es lo que denominamos como el objeto *a*. Por un lado, es un resto en tanto no entro a formar parte de lo constituido, pasó a ser un elemento en cierta forma externo. Por otro lado, precisamente por ser inaprehensible es un resto, en tanto representa lo que el lenguaje no pudo capturar, no pudo ser nominado. Literalmente resta, como sustracción matemática, pues representa lo que fue sustraído de la división del lenguaje.

En el seminario 10, Lacan (1963) se da el trabajo de tratar el cuerpo, con lo que podemos identificar con cierto naturalismo. Va trabajando y caracterizando con sumo detalle las diferentes zonas con calidad de borde, los orificios del cuerpo. No obstante, esto no es nuevo, esto ya aparece en el cuerpo teórico de la filosofía oriental como las puertas del cuerpo y siendo entendido como los puntos de intercambio con el mundo. La novedad que introduce el psicoanálisis, es por un lado concebirlas como zonas erógenas. Por otro lado las relaciona con las diferentes experiencias de pérdida, con la separación constitutiva del encuentro con el Otro del lenguaje. Lo más importante es que el psicoanálisis da cuenta que este encuentro con el lenguaje, no es fútil de modo alguno. Sino que en algún punto es devastador, de ahí que podamos entender que se constituyan varios elementos que permitan seguir adelante. Sin embargo son siempre no-todos, pues nunca cierran en una totalidad.

Frente a todo este acontecimiento lo que queda constituido es el cuerpo como una libra de carne atrapada en la máquina formal del lenguaje. Es un cuerpo con un funcionamiento determinado a partir de las zonas erógenas que fueron vaciadas de un puro goce. Esto crea un contorno el cual le permitirá albergar a las pulsiones y a la libido. A partir de todo esto y para dar cuenta de una funcionalidad en relación a la zona erógena fueron concebidas lo que denominamos como las cinco formas del objeto *a*.

Lo más curiosos es que tanto la pulsión como la libido son consecuencias de una falta, como colocábamos anteriormente, son resultado que permite viabilizar lo que no hay. Por un lado, el hecho de que nos tengamos que reproducir por la vía sexuada, que ya de inicio implica todo un dilema, y la teoría psicoanalítica justamente es lo que intenta dar cuenta de la historización de este hecho. La libido es lo que hace buscar una

parte de sí mismo fuera de uno mismo Para de este modo enmarcar la incidencia del objeto *a* bajo un funcionamiento.

Justamente una de las apreciaciones de Lacan es que el objeto de la pulsión es el objeto *a* y este también fue denominado como objeto causa de deseo. Pues, la relación entre la pulsión y el deseo es que “no es que el deseo se enganche al objeto de la pulsión, sino que el deseo le da la vuelta en la medida en que es actuado en la pulsión” (Lacan, 1963, p. 251). Es causa de deseo, como sabemos y desarrollamos anteriormente, en tanto toda noción de causa radica en la hiancia, en la hiancia del significante, representado por el objeto pequeño *a*.

La pregunta obvia sería ¿Por qué la falta, la hiancia, estaría relacionada con la causa del deseo? Precisamente porque llama a ser obturada, da la ilusión que podemos encontrar un objeto que la vele. Uno de los hechos que podemos articular con esto es que el objeto *a* no aparece en la imagen, lo que aparece en su lugar es el menos *fi*, la imagen de la falta, es decir la castración. Pero, justamente en el hecho de que el objeto *a* no aparezca en la imagen es que determina una de sus funciones, en tanto causa de deseo.

Lo importante no es solamente que lo que aparezca sea el *-fi* en la imagen, sino que aparezca en lo imaginario. El hecho de que esta falta aparezca en lo imaginario y en lo simbólico es lo que permite constituir el objeto causa de deseo. Debido a que se deja entrever algo de la falta que llama a ser obturada, y por lo tanto lleva al desplazamiento metonímico en pro de ese objeto. Esta es la dimensión del deseo y que nos da la fantasía que podríamos algún día tener ese objeto imaginario que obture nuestra falta. Pero, como sabemos por la experiencia analítica, no hay tal objeto, de esto es lo que da cuenta el objeto *a*, ya que puede ser cualquier objeto. La relación con la pulsión es que esta contornea el objeto y de ahí obtiene cierta satisfacción.

Por último, el inconsciente es una consecuencia del afecto del lenguaje. No consecuencia en tanto causa y efecto, sino que es una respuesta a este. Es la constitución de algo que denominamos como inconsciente en la misma hiancia que lo constituyo, es decir del lenguaje. Como desarrollamos, el inconsciente está relacionado con las zonas erógenas de abre y cierre. Este está relacionado con las marcas y surcos que dejó el lenguaje en el encuentro con el Otro. El inconsciente está relacionado con lo evanescente, surge para desaparecer. Es lo difícil de ser aprehendido, es la palabra que

no se dice o lo que no se dijo y no se quería decir, sombra de la voz ajena. Aparece en la mirada, en lo que entregamos de más o en lo que retemos, aparece en nuestra relación con los otros. Finalmente el único lugar donde puede ser aprehendido es en la palabra. Por lo tanto el cuerpo a su vez es también un cuerpo del inconsciente.

Para finalizar es importante mencionar que el uso de metáfora de Shakespeare sobre la libra de carne atrapada en la máquina formal del lenguaje, nos aportó una riqueza conceptual y permitió abrir para otras posibilidades conceptuales como por ejemplo, la noción de la deuda y el cuerpo o la importancia constituyente del lenguaje en el cuerpo. Aunque algunos conceptos no fue posible tratarlos con la profundidad e importancia que merecían, esto nos permitió entender una lógica integral del funcionamiento y constitución del cuerpo y por lo tanto un primer acercamiento a tan difícil concepto. Esperamos que aunque se trate de un primer abordaje, sirva de base y permita a futura investigaciones emprender otros caminos en busca de lo real del cuerpo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ALEMÁN J. Revista El Cultural, 150 años de Freud, Breve diccionario de Psicoanálisis. Madrid: El mundo, 2006.

LACAN, J. El seminario. Libro 2: El Yo en la Teoría de Freud (1954-1955). Buenos Aires: Paidós, 2010.

_____El seminario. Libro 10: La Angustia (1962-1963). Buenos Aires: Paidós, 2010.

_____El Seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964), Buenos Aires: Paidós, 1999.

_____El Seminario. Libro 23: El sinthome (1975), Buenos Aires: Paidós, 2006.

_____El seminario sobre “La carta robada” (1956), en Escritos I, Madrid Siglo XXI Editores, 2013

_____Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano (1964), en Escritos II, Madrid: Siglo XXI Editores, 2013.

_____Posición del inconsciente (1964), en Escritos II, Madrid: Siglo XXI Editores, 2013.

_____Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista (1964), en Escritos II, Madrid: Siglo XXI Editores, 2013.

_____ Función y campo de la palabra y el lenguaje, in Escritos 1 (1953) Madrid: Biblioteca Nueva siglo veintiuno, 2013

MAUSS, M. Sociología y antropología; Ensayo sobre los dones, motivo y formas de cambio en las sociedades primitivas, Madrid: Editorial Tecnos, 1979.

MILLER, J.A. La angustia Lacaniana, Buenos Aires: Paidós, 2013.

_____ Los ensayos, Matemas II, (1994) Buenos Aires: Manantial.

FREUD S. Trabajos sobre metapsicología, y otras obras – Lo inconsciente, Obras completas- Volumen XIV (1915), Buenos Aires: Amorrortu, 1993..

_____ Pulsión y destinos de la pulsión, en Obras completas (1914), Vol. XIV, Buenos Aires: Amorrortu, 1993.

_____ Historia de una neurosis infantil en Obras completas (1918), Vol. XVII, Buenos Aires: Amorrortu, 1993.

_____ Más allá del principio de placer, en Obras completas, Vol. XVIII, (1920). Buenos Aires: Amorrortu, 1993.

_____ Lo Ominoso, en Obras completas, Vol. XVII, (1919). Buenos Aires: Amorrortu, 1993.

_____ Inhibición, Síntoma y Angustia, en Obras completas, Vol. XX, (1925). Buenos Aires: Amorrortu, 1993.

_____ Psicopatología de la vida cotidiana, in Obras completas, Vol. VI, (1901) Buenos Aires: Amorrortu, 1993.

SAUVAL M. Confusiones en torno al esquema de la división subjetiva. Recuperado el 12 de noviembre de 2016, página web disponible en:

<http://www.sauval.com/angustia/s9division.htm>